



PÓRTICO

Universidad de Madrid



Facultad de Filosofía  
y Letras

1933-1934

Esta publicación es gratuita.

# AGUSTÍN AGUIRRE LÓPEZ Y MANUEL GARCÍA MORENTE: LA ARQUITECTURA DE UN IDEAL UNIVERSITARIO

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

*Facultad de Filología. Universidad Complutense de Madrid*

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ CÁRCELES

*Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid*

Cuidado, pues, con la Ciudad Universitaria» avisaba Américo Castro en un artículo publicado en *El Sol* el 6 de enero de 1928. Su advertencia iba dirigida a los planes, auspiciados y puestos ya en marcha por el rey Alfonso XIII, de crear un moderno *campus* universitario en la finca de La Moncloa, a las afueras de Madrid. A Castro le preocupaba que el proyecto se redujera a un mero cambio urbanístico-arquitectónico con peligrosos visos de megalomanía y que no se aprovechara la ocasión para abordar los acuciantes problemas estructurales de la primera Universidad española. Imbuido de ideas institucionistas, conocedor de las excelencias de los centros extranjeros de enseñanza superior y con la experiencia vivida en primera persona de los beneficios que estaba suponiendo para su país la Junta para Ampliación de Estudios, declaraba con su contundencia característica:

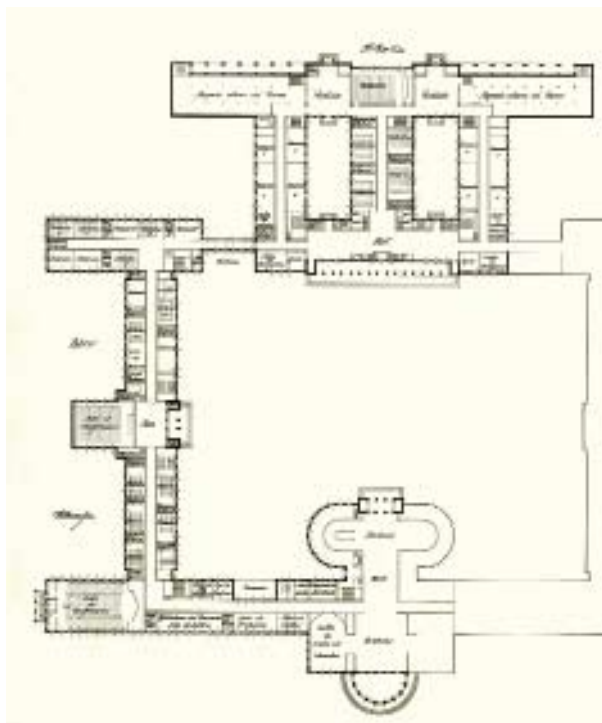
La reforma de la Universidad ha sido concebida como una grandiosa modificación arquitectónica. Los cambios anunciados hasta ahora no afectan a la mínima armazón de los organismos docentes. Oficialmente no se ha publicado ningún estudio en que se señale el carácter excepcional que la Universidad española ostenta al lado de las restantes europeas, ni la opoterapia o cirugía que hayan de usarse para tonificar un poco su alfeñicada complejión. [...] Tendríamos que ver, además, algunos signos favorables tocantes a la estructura misma de la Universidad. Acerca de este punto no hemos leído aún nada moderno y con sentido. No vemos formulado el programa de los derribos y reconstrucciones espirituales<sup>1</sup>.



Américo Castro. Hacia 1925. Archivo Espasa Calpe.

Página anterior, *Guía de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Curso 1933-1934*. Colección particular.

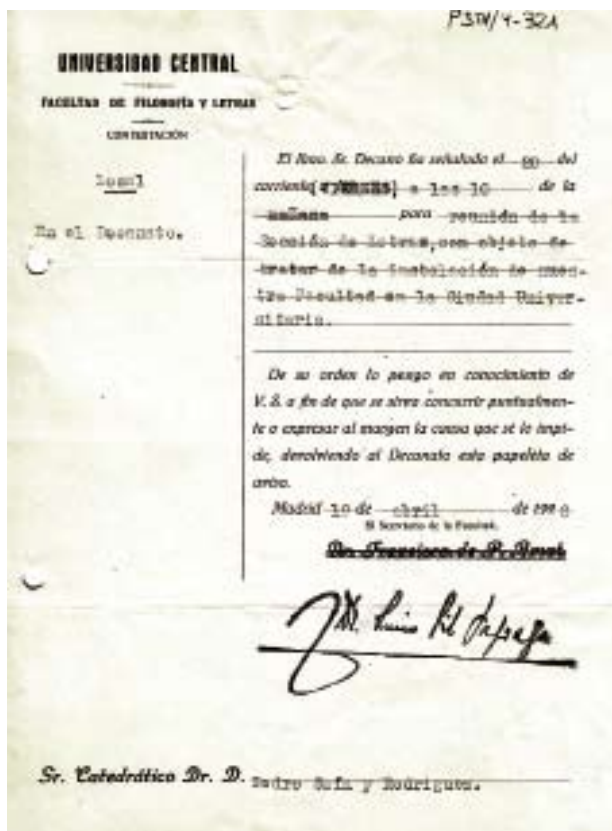
<sup>1</sup> Américo CASTRO, «Problemas de cultura. La Ciudad Universitaria», *El Sol*, 6 de enero de 1928, pág. 1. Este artículo se reproduce en la obra del mismo autor *De la España que aún no conocía*, México, Finisterre, 1975, II, págs. 149-156. Las reflexiones que hay en este trabajo sobre la implicación de Américo Castro en la reforma universitaria son la base de otro más amplio que tenemos en preparación.



El campus de Humanidades. Propuesta de 1931. DOMUCM.

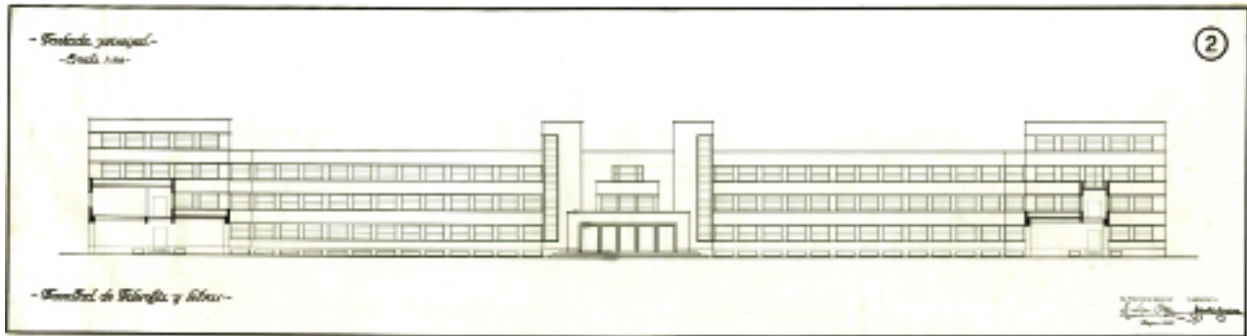
Oficio de Lucio Gil Fagoaga, secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, dirigido a Pedro Sainz Rodríguez. 19 de abril de 1928. Archivo Pedro Sainz Rodríguez, Fundación Universitaria Española, Madrid.

<sup>2</sup> Véanse oficios de Lucio Gil Fagoaga, secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, a Pedro Sainz Rodríguez (19 de abril de 1928) y de José Alemany, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, a Pedro Sainz Rodríguez (8 de noviembre de 1928). Archivo Pedro Sainz Rodríguez, Fundación Universitaria Española, PSR 1/ 4-321 y PSR 1/ 4-87.



Salta a la vista que, cuando Castro escribía esto, pensaba muy particularmente en su propia Facultad, la de Filosofía y Letras, en la que ocupaba la cátedra de Historia de la Lengua Española desde 1915. Y no andaba desencaminado en adivinar que la mudanza a un nuevo edificio, con todo lo que esto conllevaba, estaba a la vuelta de la esquina. Pocos meses después de aparecer este artículo en *El Sol*, se empezaba a convocar a los catedráticos a reuniones para tratar de la instalación del centro en la Ciudad Universitaria y en noviembre de ese mismo año examinaban los primeros planos y escuchaban las explicaciones del arquitecto director, Modesto López Otero<sup>2</sup>.

El cambio de espacio y las posibilidades que ello brindaba reavivaban en Castro su deseo de una reforma profunda de su Facultad, algo que venía reclamando desde tiempo atrás. Sus reivindicaciones, primero expuestas en los periódicos y luego recogidas en *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, hay que entenderlas en la situación de estancamiento de la Universidad de Madrid en las primeras décadas del siglo xx, que analiza en este mismo libro Elena Hernández Sandoica. Américo Castro luchaba sobre todo por mejorar el funcionamiento de la



Facultad, la preparación de sus profesores, el sistema de enseñanza, los planes de estudios, la apertura al extranjero y la dignificación social de las Humanidades. Su desalentador diagnóstico desprende tal clarividencia que justifica la extensión de la cita:

Hasta 1900 nuestra Facultad fue una carrerilla corta, algo así como la de una cura de misa y olla. Desde aquella fecha se ampliaron su marco y sus estudios, de una manera abstracta e insistemática, sin consultar las capacidades científicas del profesorado, sin reformar nada ese ridículo método de exámenes, y obligando a los alumnos de la Sección de Letras a estudiar (?) latín, griego, árabe, hebreo y español, además de otras complicadas disciplinas, tan inoportunas algunas de ellas, que en 1913 la Facultad de Madrid pidió que se sustituyeran por otras menos exquisitas, por no haber entre nosotros técnicos que pudieran enseñarlas ni alumnos preparados para seguirlos.

Las lenguas modernas, por descontado, no se enseñan en la Universidad, en lo cual constituye la única excepción entre las europeas. [...]

Lo más extraño de estas cosas es el silencio que reina en torno a ellas. El Ministerio de Instrucción Pública, por su constitución, es un organismo mudo y pasivo que se limita a registrar, como un autómata, las altas y bajas del personal. No sale de allá una palabra que al contenido de la enseñanza, ni a sus métodos, ni a la preocupación que ese superior centro parece que debía tener por la vida universitaria. [...]

Por su parte, las Facultades de Filosofía y Letras (no obstante contar con eminentes maestros) tampoco reclaman nunca la atención pública hacia los finos y complejos problemas que debieran integrar su existencia. Tal como las pusieron en 1900, así se han quedado. Cada profesor se encierra en la madriguera de su cátedra, donde incuba a los que han de aprobar cada año la asignatura (no la carrera), sin que se le ocurra pensar en la estructura superior de que forma parte. La Facultad no anuncia los temas de los cursos, como hacen en todo el mundo: se enseña la asignatura. La relación con la enseñanza secundaria —esa llaga de nuestra incultura— no preocupa gran cosa a las Facultades. Yo no sé que haya un solo intento de examinar los progresos o los defectos de tal rama de nuestros estudios; ni una observación sobre lo que debiera hacerse en tal o cual punto interno y esencial de la enseñanza secundaria o superior. Hay cátedras de las cuales no ha salido nunca una línea de producción personal, ni un alumno que haya suplido esa carencia de actividad en el maestro, lo cual sería laudabilísimo, ya que la formación de un discípulo con personalidad científica no es obra menos grave que la creación personal. Ante estos hechos, las Facultades, soñolientas y automáticas, sueltan cada año el chorro correspondiente de licenciados. Y vuelta a girar la noria<sup>3</sup>.

Fachada del edificio según el proyecto de mayo de 1932. En los extremos se aprecia la conexión prevista con el resto de edificios. DOMUCM.



Estandarte de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. UCM. Fotografía de Pablo Linés

<sup>3</sup> Américo CASTRO, *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1924, págs. 206-210.



Manuel García Morente. Fondo Manuel García Morente, Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid.

El pesimismo de Castro y sus reticencias al proyecto de la Ciudad Universitaria empezaron a desvanecerse con la llegada al Decanato de Filosofía y Letras del catedrático de Ética Manuel García Morente, un intelectual de sólida formación, con experiencia en el extranjero, con virtudes excepcionales para la gestión académica y, además, amigo suyo. En este contexto, resulta muy significativo que el filólogo justificara al ministro de Estado Lerro, en carta del 1 de noviembre de 1931, su regreso de Berlín como embajador de la República Española aduciendo el deseo de contribuir a las reformas universitarias<sup>4</sup> y no extraña que elogiara a Morente en un artículo de prensa, refiriéndose a él como «una persona de dotes singulares», con «una cultura internacional poco común» y «condiciones de mando y destreza administrativa»<sup>5</sup>.

Manuel García Morente asume las responsabilidades del Decanato pocos meses después de que el Gobierno de la República publicara un decreto que afectaba a las Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona, a las que concedía un considerable grado de autonomía para su reestructuración. Basándose en dicho decreto, la gran labor de Morente consistirá en diseñar un nuevo plan de estudios, que le valdrá el honor de pasar a la Historia como decano epónimo. Como estudian en este libro Isabel Palomera Parra e Isabel Pérez-Villanueva Tovar, la reforma no se limitaba a lo superficial, sino que atacaba el problema en su raíz. El llamado «plan Morente» se proponía, partiendo de principios claramente institucionistas, una nueva concepción de la enseñanza y el aprendizaje de las Humanidades en la Universidad. Américo Castro se refirió a la reforma como «una mutación de los propósitos y [...] variar [...] los métodos seculares»<sup>6</sup>. Rafael Lapesa, en un artículo que se puede leer en este volumen, dijo de ella que era «la más racional, esperanzadora y eficaz» de la Universidad española durante el siglo xx. El cambio se sustentaba en gran medida en la supresión de los exámenes por asignaturas. Aquéllos para el decano

<sup>4</sup> Esta carta la cita Jesús DE LA HERA MARTÍNEZ, *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, Madrid, CSIC, 2002, pág. 175.

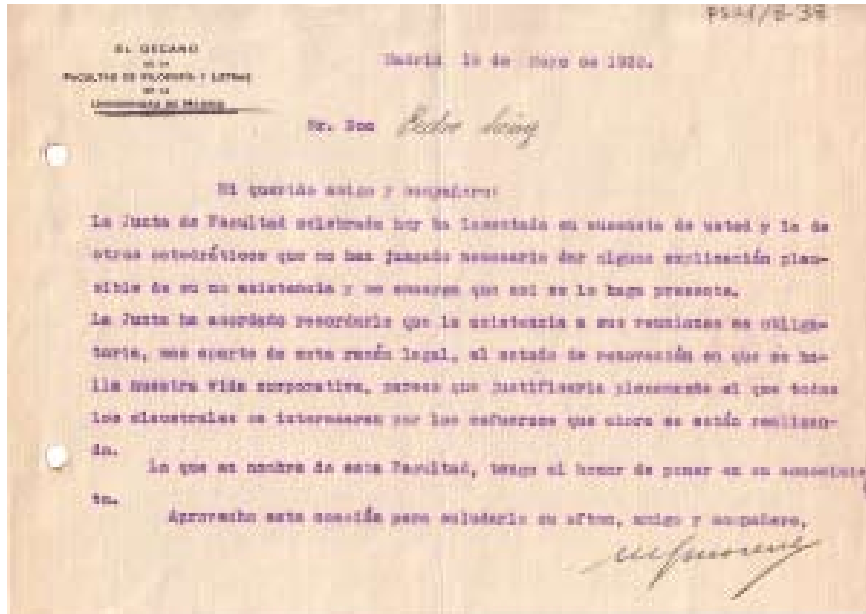
<sup>5</sup> Américo CASTRO, «Reforma de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid», *La Nación* (Buenos Aires), 25 de septiembre de 1932.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Manuel GARCÍA MORENTE, «La nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid», publicado originalmente en *Residencia*, 3 (1932), págs. 114-117, y recogido también en sus *Obras completas*, ed. Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira, Madrid-Barcelona, Fundación Caja de Madrid-Editorial Anthropos, 1996, págs. 348-353 (la cita en pág. 350).

[...] convertían la Facultad en una oficina administrativa, donde lo importante era la matrícula, el examen a fin de curso y los requisitos para la obtención del título. La enseñanza se limitaba a la adquisición de unos pocos conocimientos —generalmente memorísticos— necesarios para cumplir decorosamente en el acto del examen. El estudiante no sentía estímulo para llevar a cabo una labor propia. El profesor, soberano de su cátedra, tenía sometidos a los estudiantes y les entregaba como pasto un libro, unos apuntes, o en el mejor caso (éste era el caso de nuestra Facultad), sus explicaciones orales. El alumno oficial se matriculaba, asistía dócilmente a clase, y al cabo de unos años, sin esfuerzo, pero también sin hondo interés, adquiriría cómodamente el título apetecido. Salía de la Universidad, para no volverla a pisar más<sup>7</sup>.

Suprimidos estos exámenes (fue la primera Facultad española en hacerlo), se establecían dos pruebas de conjunto, una a mitad de la carrera y otra a su tér-



Carta del decano Manuel García Morente a Pedro Sainz Rodríguez. 19 de mayo de 1932. Archivo Pedro Sainz Rodríguez. Fundación Universitaria Española, Madrid.

mino. La asistencia a clase era voluntaria y los estudiantes elegían libremente sus materias, lo que obligaba a los profesores a «conquistar a diario su autoridad y prestigio y conservarlo mediante continuo esfuerzo al servicio de la enseñanza». Así —continuaba Morente— «el estímulo es para todos, maestros y discípulos, en auténtica colaboración espiritual»<sup>8</sup>.

A veces la Historia produce felices coincidencias con resultados extraordinarios. Y una de ellas, que tampoco cabe entender como fruto de un mero y caprichoso azar, constituye el eje de este libro y de la exposición a la que complementa. Esta reforma radical del sistema de enseñanza liderada por Morente coincidió en el tiempo con la instalación de la Facultad en un edificio moderno e innovador, arquitectónica y tecnológicamente puntero, en una zona que transformaba el urbanismo de Madrid: la Ciudad Universitaria. El resultado de dicha coincidencia fue espectacular y en brevísimo plazo cambió por completo el penoso panorama de una Facultad como la descrita por Américo Castro a principios de los años 20.

La creación de la Sección de Pedagogía en enero de 1932 dio al traslado carácter de urgencia y aceleró todo el proceso de reformas. El número de alumnos de la Facultad había ido creciendo de forma notable en los últimos años, pero, con la incorporación de los de Magisterio, sencillamente no se cabía en unos locales del centro de Madrid, ruidosos, sin luz e incómodos, unos locales fáciles de imaginar a través de la magnífica prosa de Américo Castro:

El ambiente arquitectónico en que transcurría tanta ridiculez era digno de tal docencia: antros oscuros, estrépito y vocerío en los pasillos, rechinar de carrromatos

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 351.

ventanas afuera (¿dar clase en aquella calle de los Reyes!), asientos con la borra salida, tinteros cocineros que costaban un real, y una pluma astrosa metida en el gollete. Me acuerdo de que mi primera intervención facultativa consistió en adquirir un tintero para la clase. Carecíamos de biblioteca, de salas de lectura. Aquel medio punzaba<sup>9</sup>.

Vista la situación, Juan Negrín, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, tuvo la feliz idea de ocupar lo antes posible una zona del edificio de la nueva Facultad, contratando su construcción por partes, para empezar enseguida a utilizarlo, en lugar de pretender tenerlo en su totalidad desde el primer momento. Como es evidente, dicha iniciativa se correspondía con la ambiciosa política educativa del Gobierno republicano y es imprescindible situarla en ese contexto. De esta manera, se decidió comenzar la construcción de la Facultad de Filosofía y Letras y ocupar un pabellón en cuanto fuera posible. El diseño del edificio se encargó a Agustín Aguirre, un brillante arquitecto de 36 años. Adjudicada la obra por concurso a la empresa Huarte y Cía el 20 de julio de 1932, el primer pabellón estaba terminado para Navidades, un tiempo récord. Se aprovecharon las fiestas para el traslado y se pudo inaugurar de forma solemne el 15 de enero de 1933.

Aunque existía una diferencia de edad de diez años y se trata de personalidades bien distintas, hay una serie de paralelismos y coincidencias curiosos entre la figura de Morente y la de Aguirre, jienenses de nacimiento los dos. Entre dichos paralelismos, sobresalen, por supuesto, el profundo amor de ambos por la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria —la obra de sus vidas— y su entrega absoluta a su trabajo y a sus vocaciones: la Filosofía, la Universidad y la cultura francesa, en el caso de Morente; el Dibujo y la Arquitectura, en el de Aguirre. Dos curiosas y entrañables anécdotas hablan por sí mismas. Carmen García Morente nos comentaba que ella y su hermana Pepa siempre decían que, desde que se nombró a su padre decano, fue como tener en la familia una nueva «hermana», la Facultad, y así, de hecho, se referían a ella. Por su parte, Cristina Aguirre recuerda cómo su madre aseguraba que su «primera hija» fue el edificio de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria. Esta entrega a sus pasiones y a sus ideales debía de producir similar ensimismamiento en ambos hombres. Las dos hijas del decano, en la bella semblanza sobre su padre, decían de él: «Por la calle iba distraído y ensimismado hasta el punto de no “vernors” cuando pasaba a nuestro lado. No reconocía a nuestras amigas cuando le encontrábamos y nos preguntábamos riendo: “¿nos reconocerá a nosotras?”»<sup>10</sup>. Y una distracción parecida caracterizaba a Agustín Aguirre, quien, según su hijo Fernando, iba siempre por Madrid mirando hacia arriba los edificios, en una actitud que le ponía en riesgo de tropezar casi continuamente.

Aun cuando Aguirre no tenía la amplia experiencia en el extranjero del decano, el viaje que hizo por Europa, aprendiendo del funcionamiento de las Universidades

<sup>9</sup> Américo CASTRO, «La Facultad de Letras», *El Sol*, 2 de febrero de 1933, pág. 1.

<sup>10</sup> María Josefa y Carmen GARCÍA MORENTE, «García Morente, nuestro padre», en Manuel GARCÍA MORENTE, *Obras completas*, tomo II, vol. 2, págs. 573-594 (pág. 582).





Estado de las obras el 17 de septiembre de 1933. Una cubierta provisional protege la entrada de los estudiantes al ala izquierda. Huarte y Cía. Dossier del edificio [1944]. Colección de Javier Ortega.

y los laboratorios modernos, influyó tanto en su diseño del edificio de la Facultad de Letras y su mobiliario como el paso de Morente por Francia y Alemania en la reforma de su plan de estudios. En este orden de cosas, debe subrayarse el perfecto encaje y sintonía entre la labor de Morente y la de Aguirre, que se complementaron de una manera que llama la atención. El pensamiento de Aguirre era muy favorable a la consecución común de este objetivo ya que aceptaba los principios racionalistas de la construcción moderna –fundamentalmente utilitarios– y la necesidad de que el aspecto externo de un edificio fuera consecuencia de su interior<sup>11</sup>. No es exagerado decir que, sin el edificio de Aguirre en la Ciudad Universitaria, la Facultad de García Morente y los resultados de su innovador (aunque efímero) plan de estudios hubieran sido otros. El flamante edificio de Ciudad Universitaria, elogiado siempre con cariño y nostalgia por los antiguos alumnos, simbolizaba el principio de una nueva época. La tranquilidad del lugar, las magníficas vistas, los amplios espacios llenos de luz, la moderna biblioteca, la comodidad del bar y el comedor (con el primer autoservicio en un edificio universitario en España), el nuevo mobiliario, los adelantos tecnológicos... animaban a emprender la aventura pedagógica en la que se embarcaban profesores y estudiantes:

¿Mas quién será tan duro de ánimo –se preguntaba Américo Castro– que no perciba la trascendencia de que la juventud se instruya y eduque en un sitio apacible y rodeado de decoro? Desde el siglo XIII apetecía al Rey Sabio lo que ahora vemos realizado en esta encantadora Facultad, que queremos ya como un trozo de alma<sup>12</sup>.

Rafael Lapesa formulaba lo mismo con otras palabras:

<sup>11</sup> Agustín AGUIRRE, «La Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid», *Arquitectura*, 2 (1935), págs. 35-44.

<sup>12</sup> Américo CASTRO, «La Facultad de Letras».

Fachada del edificio poco antes de su terminación. Obreros en la terraza de la entrada principal y estudiantes de la Facultad en la azotea del ala izquierda. Servicio Histórico Fundación Arquitectura COAM.



Arquitectónicamente estaba al día, e invitaba a que la labor de todos se pusiera también a la altura de las circunstancias. Se tenía el propósito y conciencia colectivos de estar haciendo algo nuevo, superador del pasado y abierto a horizontes no imaginables antes.

Obsesionaba a Morente la necesidad de conseguir una Facultad abierta a la sociedad y acabar con una situación que resume de una manera parecida a Américo Castro, pero que, para entender cabalmente, quizás conviene recordar que está escribiendo un filósofo:

Hasta ahora ha dado la Facultad a su vida, un sello de hermetismo, de cerrazón, de escolasticismo. *Nosotros, los profesores, habíamos llegado a ser, más que hombres, unos viejos estudiantones.* Nuestras vidas olían a polvo húmedo. Somos, pues, nosotros mismos, es la Facultad misma la que debe salir de su aislamiento huraño. Y parece resuelta a hacerlo<sup>13</sup>.

Esta arquitectura de «ventanales generosos», según la calificaba Alonso Zamora Vicente, con una planta baja integrada en un jardín y con una azotea para salir a pasear y contemplar la sierra, con un salón de actos para conferencias y teatro, capaz de acoger un gran público (con su sistema de refrigeración y calefacción y en el que el arquitecto en sus planos incluso había previsto la mejor forma de sacar un piano de cola), encarna el deseo de Morente de lograr un centro uni-

<sup>13</sup> Manuel GARCÍA MORENTE, «La reforma de la Facultad de Filosofía y Letras» [1932], en *Obras completas*, pág. 344. El énfasis es nuestro.



Terraza de la Facultad. Años 30. Facultad de Filosofía de la UCM.

versitario abierto al exterior y volcado a la sociedad. Imposible entender, pues, la Facultad de Morente sin el edificio de Aguirre. Y viceversa. Los planos del edificio, firmados por ambos, testimonian una compenetración que se refleja, asimismo, en sendos artículos en los que Aguirre habla del plan de estudios y Morente del espacio arquitectónico.

En diversos capítulos de este libro los arquitectos José Manuel Barbeito, Pedro Feduchi, Javier G. G. Mosteiro, Miguel Lasso de la Vega, Luis Moya, Javier Ortega y Juan Antonio González Cárceles abordan el significado de esta construcción en sí misma y en su contexto. De esas páginas conviene condensar en esta introducción unas ideas esenciales.

Aguirre, sin abandonar del todo el monumentalismo, proyecta «a contracorriente» un edificio racionalista y funcional, con claras influencias expresionistas, especialmente en su fachada posterior. Fue —en el sentido literal de la palabra— un edificio de «revista de arquitectura»<sup>14</sup> y de «reportaje fotográfico»<sup>15</sup>, pero, a diferencia de los tiempos que corren, la organización del espacio se concebía «de dentro afuera», y no al revés. La arquitectura se adaptó como un guante a los usos que iba a tener y a las personas que lo iban a ocupar. Y un moderno espacio para la enseñanza y la investigación debía aprovechar al máximo la luz solar. De ahí las largas hileras de ventanas en sus fachadas, rasgo arquitectónico con ecos de Le Corbusier, que aseguran la luminosidad, algo enfatizado constantemente por los que llegaron en 1933 procedentes de los locales de la calle San Bernardo.

<sup>14</sup> Véase Agustín AGUIRRE.

<sup>15</sup> Los negativos originales de estas fotografías —muchos usados en el artículo de Aguirre en *Arquitectura*— se conservan en el Servicio Histórico de la Fundación Arquitectura COAM. Recientemente, han sido restaurados e inventariados. De esta última tarea se ha encargado Pilar Rivas, a quien estamos muy agradecidos. La digitalización de estos fondos se llevó a cabo con profesionalidad insuperable en la biblioteca de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

Pasillo de la Facultad. Años 30. Facultad de Filosofía de la UCM.



El gran número de estudiantes explica los amplios pasillos y las varias escaleras y entradas, que facilitarían la cómoda circulación de personas. Las paredes de los largos corredores estaban alicatadas con azulejos de un color distinto en cada piso, lo cual, aparte de higiénico, proporcionaba un aire alegre y permitía ubicarse sin problema. No se escatimaron recursos tampoco para dotar al edificio de adelantos tecnológicos únicos en su tiempo. Entre ellos destaca el *paternoster*, primer ascensor «de tipo noria» que se instaló en España. También fue en este edificio donde se realizó por primera vez en nuestro país un suelo de terrazo continuo a gran escala, preparado *in situ* (¡sobre una superficie de 5.000 m<sup>2</sup>!), que sigue siendo una referencia. Aguirre cuidó asimismo la estética y la decoración. Entendiendo que todo era un conjunto, diseñó mobiliario (fue, por cierto, de los primeros arquitectos españoles en hacerlo; lo explica Pedro Feduchi), tomando como referencia modelos que había visto en su viaje a Europa, lo que resulta bastante significativo. Elemento fundamental —y de un simbolismo que se ha acentuado con el tiempo— es la gran vidriera Art Decó que presidía el vestíbulo de entrada, con una alegoría de las Humanidades, acorde con las enseñanzas que se impartían en el centro, cuya importancia estudia Carlos Muñoz de Pablos.

De la misma forma que Aguirre en sus escritos no sólo habla del espacio arquitectónico, sino de sus funciones y de las personas que lo van a ocupar, está claro que Morente desarrolló un grandísimo cariño por el edificio de la Ciudad Universitaria. De hecho, para profesores y estudiantes éste se convirtió en

símbolo de la institución a cuya reforma el decano estaba entregado en cuerpo y alma, con un entusiasmo sin límites. Sus hijas evocan cómo «siguió paso a paso con arquitectos y aparejadores» la construcción del edificio, cuya maqueta tenía en su despacho<sup>16</sup>, y también se cuenta que puso en su habitación, junto a los retratos de sus hijas, la primera fotografía que se sacó del edificio entero<sup>17</sup>. La maqueta de éste ilustraba las portadas de las primeras guías de la Facultad, elaboradas desde el curso 1932-1933, sin duda, por iniciativa de García Morente, y destinadas a promocionar los estudios de Humanidades de un centro en pleno proceso de transformación. Américo Castro, un par de semanas después de inaugurarse el nuevo pabellón, escribía:

Pues yo, que he seguido paso a paso la idea y los progresos de este edificio del que hoy puede enorgullecerse el Gobierno y Madrid, digo que sin el actual decano no se habría llevado a término tan espléndido esfuerzo, cuyas ventajas para la juventud, en sí mismo y como ejemplo, serán maravillosas<sup>18</sup>.

«¡Renovación del cuerpo y del espíritu! La Facultad de Filosofía y Letras despierta a una nueva vida en un nuevo paisaje», escribía García Morente poco tiempo antes de estrenar las nuevas instalaciones en Ciudad Universitaria, frase que condensa el significado de lo que con esta muestra y este libro estamos conmemorando.



Sobra casi señalar que una empresa de semejantes dimensiones no se explica sólo por la labor de dos hombres, por más que éstos fueran excepcionales en el desempeño de sus tareas. Tanto la parte arquitectónica del proyecto como la reforma de la institución obedecen igualmente a un complejo entramado de esfuerzos anteriores y de unos contextos, analizados en profundidad en este libro y sobre los que aquí sólo se hace un esbozo.

Aguirre se enriqueció trabajando en un equipo técnico, liderado por un arquitecto genial, Modesto López Otero, perteneciente a la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria desde los tiempos de Alfonso XIII, con quien nació la idea de un nuevo *campus*, impulsado luego de forma decisiva por el Gobierno republicano. Entre los prohombres de la República implicados en el proyecto de la Ciudad Universitaria, hay que reconocer el papel de Juan Negrín, quien posibilitó que el traslado se hiciera con tanta rapidez.

En la arquitectura funcional de Aguirre hay deudas evidentes con el expresionismo alemán o con el racionalismo, pero se entretienen también otras influencias de época. Las hileras de vanos a lo largo de las fachadas del edificio, que permiten que su interior se inunde de luz, traen a la memoria la propuesta de

<sup>16</sup> María Josefa y Carmen GARCÍA MORENTE, pág. 583.

<sup>17</sup> «Don Manuel García Morente era “el Decano”; no se tiene idea de lo que significaba para él esta palabra. Desde que empezaron las obras de la Facultad, Morente estaba allí desde las siete de la mañana, atento a todo». Véase Julián MARÍAS, *Una vida presente*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, I, pág. 113.

<sup>18</sup> Américo CASTRO, «La Facultad de Letras».

Juan Ramón Jiménez para las escuelas, tan próxima a la Institución Libre de Enseñanza, cuando aboga por «el “museo de ventanas” abiertas con inteligencia y sensibilidad al gozo y al ejemplo del paisaje y la vida». Aguirre no era hombre de la Institución, pero su «arquitectura tumbada» a los pies de la sierra de Guadarrama, usando las palabras de Alonso Zamora Vicente, de alguna manera no dejaba de ser «una fuente de estética en las explicaciones del maestro, capaz de despertar en éste el amor al trabajo» y próximo, por tanto, al «estilo arquitectónico institucionista»<sup>19</sup>.

Por otra parte, en el decreto del Gobierno de la República de 1931, base del nuevo plan de estudios de Morente, intervino de forma decisiva el entonces decano Claudio Sánchez-Albornoz, y vio la luz siendo ministro de Instrucción Pública Marcelino Domingo<sup>20</sup>. Pero dicho decreto se fundamentaba, a su vez, en el Estatuto de Autonomía de la Facultad, que si bien no llegó a entrar en vigor, fue aprobado en 1922, en tiempos de la Monarquía, algo en lo que Morente insistió incluso ante las autoridades republicanas en su discurso de inauguración del edificio. Además, como en este libro explica Isabel Pérez-Villanueva Tovar, la reforma del plan de estudios no se entiende sin atender a su entronque con el ambiente institucionista del que surge. Asimismo, según subraya la citada investigadora, el plan Morente no sólo es deudor del compromiso del decano con los ideales de la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para Ampliación de Estudios, sino también de su formación en Francia.

Pero, aparte del contexto y ambiente, hubo muchos nombres propios indispensables para que todo cuajara. Si el diseño arquitectónico del edificio correspondió a Aguirre, el diseño de la estructura fue obra de Eduardo Torroja. La estructura de hormigón armado de este brillante ingeniero, el cual tenía entonces sólo 32 años, permitió la celeridad de su ejecución, gracias a la modulación de tipos y elementos. Repetición llevada a que incluso unos pocos planos permitían la representación del conjunto gracias al sistema propio de notación desarrollado por Torroja. El resultado fue una estructura ligera, eficaz y resistente, como demostró su fortaleza ante las bombas franquistas durante la guerra (frente a otros edificios de la Ciudad Universitaria, con estructura de ladrillo, que desaparecieron por completo). Tanto Aguirre como Torroja, por supuesto, pertenecían al equipo de Modesto López Otero, el arquitecto director de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, que supervisaba todos los trabajos. Por lo que respecta a la reforma de la Facultad como institución, la labor de un profesor del prestigio de Américo Castro durante años a favor de introducir cambios sustanciales en el sistema de enseñanza facilitó, con certeza, la tarea de su amigo García Morente. Éste, a su vez, tenía como punto de referencia las ideas sobre la Universidad de su maestro José Ortega y Gasset, según ponen de relieve en este libro Isabel Pérez-

<sup>19</sup> María Jesús DOMÍNGUEZ SÍO, «Juan Ramón Jiménez y la Institución Libre de Enseñanza», en *Juan Ramón Jiménez. Premio Nobel 1956*, catálogo de la exposición, ed. Javier Blasco y Antonio Piedra, Madrid, SECC-Residencia de Estudiantes, 2006, págs. 217-235.

<sup>20</sup> «Y acaeció que España hizo una revolución y proclamó la República. ¿Sería entonces posible acometer la reforma? Lo fue, porque Marcelino Domingo tomó aquella cosa que habíamos hecho en 1919 y, previo buen arreglo de Sánchez Albornoz, la puso en la *Gaceta*.» Véase AMÉRICO CASTRO, «La Facultad de Letras».



Villanueva Tovar y Juan Manuel Navarro Córdón, a quienes remitimos para más detalles de un asunto tan fundamental.

José Ortega y Gasset y Américo Castro son sólo dos nombres de la larga lista de extraordinarios intelectuales que enseñaba en la Facultad de García Morente, otra de las circunstancias que acentúan el carácter verdaderamente excepcional de dicho centro educativo. Decir que aquí impartió clase lo mejor de la Edad de Plata de la cultura española evita una enumeración tan prolija como archiconocida de nombres propios, que, por otra parte, se estudian en los capítulos correspondientes de este catálogo. Qué duda cabe de que el éxito de la Facultad de García Morente respondía en buena medida a sus eminentes profesores; así lo han recordado siempre sus antiguos alumnos, según se comprueba en los testimonios recogidos en este volumen, que presenta Isabel Tajahuerce Ángel.

Por la implicación directa que tuvo en la gestión del centro en el tiempo en el que Morente fue decano, hemos de reivindicar la figura del secretario académico de la Facultad: José Ferrandis Torres. La entrega al cargo de este catedrático de Numismática y Epigrafía estuvo a la altura de la de Morente, de quien era la mano derecha. Parecía necesario decirlo, pues a menudo se tiende a pasar por alto el abnegado trabajo de quien en el mundo universitario trabaja con discreción en la sombra. Sin Ferrandis, la organización de la Facultad (y del crucero por el Mediterráneo) hubiera sido muy distinta. Ferrandis parece la excepción de un aserto de Américo Castro sobre la esencia de los españoles y cómo ésta afecta al mundo universitario: «La abnegación obscura y disciplinada no se hizo para nosotros; el prurito callado de perfección, que hace santo cada minuto, es, sin embargo, lo que permitió alzar la maquinaria maravillosa de algunas naciones modernas»<sup>21</sup>.

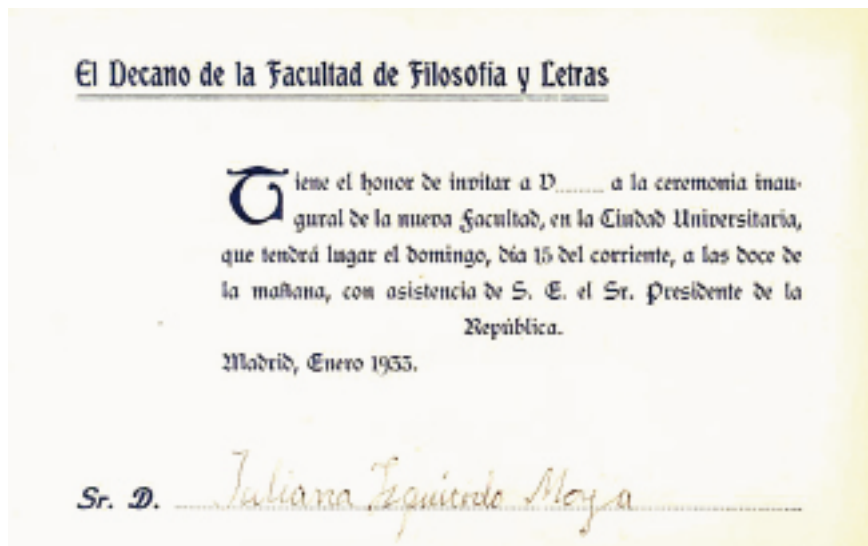


Aula de la Facultad. Enero de 1933.  
Fotografía de Alfonso. AGA.

Cuarto para guardar las bicicletas.  
Servicio Histórico Fundación  
Arquitectura COAM.

<sup>21</sup> Américo CASTRO, «Reforma de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid».

Invitación para la inauguración de la Facultad dirigida a Juliana Izquierdo Moya. Archivo Juliana Izquierdo Moya.



Por último, contribuyeron al esplendor de la Facultad de Morente algunos estudiantes, comprometidos con los ideales del decano, «cuya abnegación obscura y disciplinada» trajo aire fresco a las aulas. Ahí están los *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras* o la *Floresta de prosa y verso*, entre otros proyectos emprendidos por los alumnos, para probarlo. En palabras de Rafael Lapesa, «la suprema habilidad de Morente consistió en hacer creer a los estudiantes que respondían a iniciativa propia muchas cosas para ellos pensadas por autoridades y profesores». Los alumnos también desarrollaron un profundo cariño por su edificio y por lo que esa arquitectura representaba; y a ellos Morente les había encomendado velar por las nuevas instalaciones<sup>22</sup>. Muchos de estos hombres y mujeres fueron, además, intelectuales de prestigio después de 1939, en España o en el extranjero. Y otros muchos podrían haber llegado a serlo de no haber encontrado la muerte en la guerra o haber cortado el franquismo sus prometedoras trayectorias. Unas expresivas palabras de Julián Marías condensan hasta qué punto la figura del decano y la Facultad que éste lideraba influyeron en la personalidad de tantos jóvenes:

Morente fue Decano de la Facultad de Madrid de un modo inusitado, que no sé si tendrá par. Para él, su función directiva fue la plenitud de su vida intelectual. Morente ejerció durante cinco años su magisterio, no sólo con sus capacidades personales de profesor, sino como alma de un cuerpo docente que iba logrando, día tras día, insólitas calidades. No es fácil imaginar lo que llegó a ser la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid sometida a la inspiración —no a la simple dirección— de Morente. Para los que hemos tenido la fortuna de vivir en ella años decisivos, representa una huella definitiva; para decirlo con el griego, una adquisición para siempre<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> «Un visitante de la nueva Facultad comentó su atractivo, pero dijo: “¡Cómo estará todo dentro de un par de meses!” Le advertimos que llevaba muchos meses funcionando, como si se acabara de estrenar. Los estudiantes eran bastante civilizados; además, el decoro estimulaba a respetar y conservar el edificio; por último, Morente les confió [a los estudiantes] el cuidado de nuestras instalaciones.» Véase Julián MARÍAS, *Una vida presente*, I, págs. 133-134.

<sup>23</sup> Julián MARÍAS, *La filosofía española actual. Unamuno, Ortega, Morente y Zubiri*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, págs. 126-127.





El nuevo pabellón de la Facultad se inauguró solemnemente la mañana del 15 de enero de 1933. Era domingo y se aprovechaba el día no lectivo con el objeto de que las clases pudieran empezar el mismo lunes, sin más retrasos. La prensa española y extranjera se hizo eco con júbilo del acontecimiento, un hito más de la política educativa republicana. «Puede profetizarse sin temor que ha de ser la más bella del mundo», escribía Corpus Barga en un artículo de *La Nación* de Buenos Aires, que terminaba de forma rotunda: «Todo es perfecto. Como en un trasatlántico». A través de los periódicos y de los relatos de algunos protagonistas cabe reconstruir aquel día histórico en la historia de la Universidad española<sup>24</sup>.

Como no podía ser menos (se inauguraba el primer edificio docente de toda la Ciudad Universitaria<sup>25</sup>), asistieron las más altas autoridades de la República: el presidente (Niceto Alcalá Zamora), el jefe de Gobierno (Manuel Azaña) y cuatro de sus ministros: Estado (Luis de Zulueta), Instrucción Pública y Bellas Artes (Fernando de los Ríos), Obras Públicas (Indalecio Prieto) y Marina (José Giral). Acudieron asimismo el alcalde de Madrid (Pedro Rico) y el embajador de Francia (Jean Herbertte), entre otras autoridades, a las que acompañaban el rector (Claudio Sánchez-Albornoz), el decano, el secretario de la Facultad, numerosos profesores de ésta y otros intelectuales de prestigio como Miguel de Unamuno. No faltaban los arquitectos Modesto López Otero y Agustín Aguirre, miembros de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria –como Juan Negrín– y Félix Huarte, de la empresa adjudicataria de las obras. En la azotea –se aprecia el detalle en algunas fotografías– ondeaban la bandera tricolor y la celeste de la Facultad.

Para los discursos inaugurales se colocó una mesa presidencial en el aula de mayor tamaño de la planta de acceso (aula 8), al fondo del pasillo. Desgraciadamente, carecemos de diarios o correspondencia privada que den cuenta de lo que debieron de sentir Aguirre y Morente durante este acto<sup>26</sup>. En el caso del decano algo podemos adivinar de su discurso a través de la prensa. Por lo visto, renunció

Izquierda, acto de inauguración del nuevo pabellón de la Facultad. 15 de enero de 1933. Fotografía de Alfonso. AGA.

Arriba, el Presidente Niceto Alcalá Zamora escucha las explicaciones del decano sobre las obras en la terraza del edificio en el día de la inauguración del nuevo pabellón. 15 de enero de 1933. Fotografía de Alfonso. AGA.

<sup>24</sup> Véase *ABC*, 17 de enero de 1933, págs. 27-28; *Ahora*, 17 de enero de 1933, pág. 1 y siguientes.; *Blanco y Negro*, 22 de enero de 1933, págs. 120-121; «La Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria de Madrid», *Contemporánea*, 1 (1933), págs. 147-150; *El Debate*, 17 de enero de 1933, pág. 1; *Diario de la Marina* (Cuba), 16 de enero de 1933, pág. 7; *La Nación* (Buenos Aires), 16 de enero de 1933, pág. 3; Corpus BARGA, «En la magnífica Ciudad Universitaria funciona ya la Facultad de Filosofía y Letras», *La Nación* (Buenos Aires), 22 de enero de 1933 (reproducido en Corpus BARGA, *Paseos por Madrid*, Madrid, Ediciones Júcar, 1987, págs. 99-102); *El Heraldo de Madrid*, 16 de enero de 1933, pág. 10; *El Liberal*, 17 de enero de 1933, pág. 6; *La Voz*, 16 de enero de 1933, pág. 5, y *La Vanguardia*, 17 de enero de 1933, pág. 24. Especialmente importante es el artículo ya citado de Américo CASTRO, «La Facultad de Letras», publicado en *El Sol*, 2 de febrero de 1933, pág. 1. Véase también José GAOS, *Confesiones profesionales*, Gijón, Ediciones Trea, 2001, págs. 31-32.

Alumnas en un aula de la Facultad. En primer plano, de izquierda a derecha, Carmen Giménez, Paz Barbero y Amelia Tello. Junio de 1933. Fotografía de *Estampa*.



a leer y habló de forma espontánea, embargado por la misma emoción con la que muy poco antes expresaba en un artículo de la revista *Residencia* su firme convencimiento de que la Facultad de Filosofía y Letras iba a poder «parangonarse con las más ilustres y respetadas del mundo»<sup>27</sup>. En su discurso, agradeció a las autoridades su empeño «por haber dotado a su Facultad de un local digno de las reformas que en ella introdujo la República». «Es como un sueño», aseguraba, recordando que, desde su llegada al Decanato, estaba empeñado en buscar un mejor alojamiento para su centro. No faltaron los agradecimientos para los arquitectos Modesto López Otero y Agustín Aguirre. «A partir de hoy –concluía diciendo Morente, pensando también en su nuevo plan de estudios– la Facultad de Filosofía y Letras será un orgullo más de la República Española.»<sup>28</sup> Después vinieron los discursos del rector Sánchez-Albornoz, el ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, y el presidente de la República, quien cerró el acto. Posteriormente, autoridades y periodistas recorrieron el edificio y salieron a la terraza del último piso, desde donde se podían apreciar las obras de la parte por terminar y contemplar la sierra de Guadarrama. A medio día, la Facultad ofreció un banquete en el Hotel Ritz, y ya por la tarde, asistieron a una fiesta deportiva en la Ciudad Universitaria y a una representación teatral de *La Barraca* de tres *Entremeses* de Cervantes en el Teatro María Guerrero. Estos dos últimos detalles vuelven a situar la Facultad de Morente de lleno en un contexto institucionista y muy en relación con la vida cultural madrileña durante la Segunda República, sobre lo que escribe Andrés Amorós en el presente libro.



A la luz del volumen de trabajo que el decano tendría en 1933 (hay que imaginar a Morente absorbido por las tareas de la instalación de la Facultad en el nuevo pabellón, supervisando las obras de la parte restante del edificio y la implantación

<sup>25</sup> Exceptuando la Escuela General de Agricultura, situada en La Moncloa desde el siglo XIX.

<sup>26</sup> La desaparición del archivo de la Facultad, para el que Aguirre había previsto un local en el nuevo pabellón como comenta Isabel Palomera Parra más adelante, constituye una de las pérdidas más trágicas de la destrucción del patrimonio documental de nuestra Edad de Plata durante la Guerra Civil.

<sup>27</sup> Manuel GARCÍA MORENTE, «La nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid», pág. 353.

<sup>28</sup> Sería faltar a la verdad pasar por alto que Manuel Azaña en sus diarios tachó el discurso de Morente de «triste y bobo». Véase Manuel AZAÑA, *Obras completas*, ed. Santos Juliá, Madrid, Ministerio de la Presidencia-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, vol. IV, pág. 575.

de una reforma educativa), no deja de sorprender que se embarcara, ese mismo año, con energía y entusiasmo, en otra de las empresas por las que ocupa un lugar destacado en la Historia de la España del siglo xx: la organización del crucero universitario por el Mediterráneo. Pero, por otra parte, resulta algo comprensible; era el mejor broche para «el primer curso de la nueva era», como lo llamó Rafael Lapesa. Organizar un viaje de estudios en el que los estudiantes, acompañados por sus profesores, conocieran de primera mano durante 45 días las grandes civilizaciones de la Antigüedad encajaba perfectamente en el nuevo rumbo que tomaba la institución. Además, otra vez el Gobierno de la República apoyaba sin fisuras este nuevo proyecto de la Facultad, que, sin su respaldo, nunca habría salido adelante. Sobre este episodio fundamental y mítico de nuestra Edad de Plata (fue, sobra decirlo, bastante más que un viaje) tuvo lugar ya una hermosa exposición en la Residencia de Estudiantes, comisariada por Juan Pérez de Ayala, en 1995, y para la que se editó un catálogo con numerosas ilustraciones. Sobre este asunto, además de varios trabajos parciales, contamos con la concienzuda investigación, basada en un minucioso examen de la documentación de archivo, de Francisco Gracia Alonso y Josep Maria Fullola i Pericot, que dio como resultado una monografía de título tan bello como acertado<sup>29</sup>. Si se dedica un capítulo de nuestra exposición y de este libro al crucero por el Mediterráneo (aquí hay que agradecer a Pilar Saquero Suárez-Somonte y a Julia Mendoza su esfuerzo por condensar lo esencial del tema: era mucho para tan pocas páginas), se debe a nuestro interés por contextualizarlo dentro de la institución de la que surgió el proyecto, la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid durante el Decanato de Manuel García Morente. Estas «aulas en marcha», este periplo del *Ciudad de Cádiz*, que zarpó de Barcelona con la bandera de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, se entienden mucho mejor a la luz de una reforma que buscaba la educación integral, la excelencia académica y la apertura del centro universitario a la sociedad. En sintonía con esto último, se reservaron algunas plazas para alumnos de otras Universidades y para un grupo de arquitectos y estudiantes de Arquitectura de Madrid y Barcelona. Agustín Aguirre no fue a este viaje, pero sí lo hicieron el entonces estudiante Chueca Goitia o Pascual Bravo, el arquitecto que diseñó la Escuela de Arquitectura en la Ciudad Universitaria. Apasionado por la fotografía, Pascual Bravo realizó un extenso reportaje de todo el crucero (son más de 800 imágenes), que hemos podido recuperar para esta ocasión gracias a la amabilidad y facilidades de su nieto Jaime Cervera Bravo.

El capítulo sobre el crucero universitario por el Mediterráneo se incluye en este libro en una sección de título elocuente: «Imaginando el futuro», en la que se analizan otros aspectos en los cuales la Facultad de Morente se adelantaba a su tiempo y que son fundamentales para una cabal comprensión de ésta. En primer



Mesa del seminario. Años 30.  
Facultad de Filología de la UCM.  
Fotografía de Pablo Linés.

<sup>29</sup> Francisco GRACIA ALONSO y Josep Maria FULLOLA I PERICOT, *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, 2006.

Estudiantes en un aula de la Facultad.  
1933. Agencia EFE.



lugar, como estudia Carolina Rodríguez López, la Facultad de Letras de Madrid durante la Segunda República se distinguió por el notable número de mujeres matriculadas en los estudios que se ofrecían y por el papel de las profesoras del centro (ayudantes y auxiliares; ninguna catedrática, aunque el desempeño de alguna cátedra recayera a veces en una mujer), hechos de relevancia en un país en el que desde hacía sólo dos años las mujeres tenían derecho a voto. Julián Marías ha evocado la huella que la Facultad dejó en sus compañeras:

Las chicas tenían menos conciencia de urgencia económica, pero no descartaban el ejercicio profesional: profesoras, bibliotecarias, archiveras, arqueólogas. Algunas tenían rigurosa vocación; otras, simplemente, afición –tan desacreditada, tan admirable, tan fecunda–. Las había que eran muy buenas estudiantes; algunas se replegaban ante las dificultades mayores. Pero eran felices, sentían el valor y el atractivo de aquella Facultad incomparable, quedaban marcadas para siempre. Ya iban a saber distinguir, a no confundir la buena literatura con la mala, un buen cuadro con un cromó, un razonamiento riguroso con una falacia. Eran capaces de leer con emoción a los clásicos o a los contemporáneos. Y, en buena medida, habían aprendido a no engañarse en la vida, en la amistad, en el amor, en la política.

José Gaos se refirió igualmente al mismo asunto con estas palabras:

El fenómeno más expresivo en este sentido acaso fue el del refinamiento de las alumnas de la Facultad. Casi me atrevería a decir que se formó un tipo de «alumna de la Facultad de Filosofía» de una distinción peculiar. La mayor parte de las alumnas de la Facultad procedían, como su alumnado general, de la burguesía modesta, e

incluso el proletariado. Muchas provincianas. Al llegar a la Facultad desde su hogar modesto, desde su Escuela Normal provinciana, en qué gran proporción su porte no era vulgar sino cursi. Al año siguiente resultaban transformadas, y a los pocos de su renovación, la Facultad poblada por un enjambre de muchachas esbeltas, ligeras, con un vestido y tocado sencillos, prácticos, entonados, elegantes, con un aire, sin gravedad ni pedantería, a la vez contenido y resuelto. Y a mí no me cabe duda: todo el ambiente pero particularmente esta feminidad, hizo que el estudiantón grosero, el profesor astroso, no arribaran a la Facultad o se esfumaran en ella<sup>30</sup>.

De las alumnas se hacía eco un artículo monográfico en *Ahora* el 22 de enero de 1933 titulado «La mujer, primera pobladora de la Ciudad Universitaria», donde se recordaba que de los 500 estudiantes de la Facultad más de 400 eran mujeres y se explicaban las reformas educativas a las que las alumnas se enfrentaban coincidiendo con la mudanza de edificio. Este artículo incluía también una breve entrevista al decano, en la que éste aprovechaba para insistir en sus conocidas convicciones, ya expresadas meses antes en sendos artículos en *Compluto* y *Residencia*. Morente se explayaba en el protagonismo, responsabilidad y madurez que alumnos y alumnas debían tener en su propio proceso de aprendizaje. Hablaba asimismo de la necesidad de lanzarse con pasión al cambio y declaraba sin rodeos:

Los que no sientan el entusiasmo de esta nueva empresa; los que en su corazón se mantengan bien avenidos con la tradicional modorra; los que más busquen adquirir títulos que levantar su espíritu y afilar su inteligencia, fuera mejor que abandonaran el propósito y volvieran su vista a otras partes.

Este entusiasmo en la colaboración por el bien común que ansiaba el decano lo encontró en un proyecto fundamental al que él también estaba entregado en cuerpo y alma: la biblioteca de la Facultad, asunto que aborda en este volumen Cristina Gállego. El traslado a la Ciudad Universitaria permitió concentrar en un solo lugar las diversas colecciones del centro, labor en la que destaca el inmenso trabajo realizado por Javier Lasso de la Vega, director de la biblioteca de la Universidad de Madrid, que tenía una sólida formación en el extranjero, y Juana Capdevielle, jefa de la biblioteca de Filosofía y Letras. Una vez más, convergen en esta historia vanguardia arquitectónica y educativa. Agustín Aguirre lo había previsto todo para la biblioteca: una sala de lectura inundada de luz natural, rodeada de jardines y con vistas a la sierra, mesas y sillas de esmerado diseño, un montacargas para los libros, un depósito con modernas estanterías metálicas (todavía en uso, 75 años después), una zona de seguridad para los libros más valiosos... Por su parte, los bibliotecarios se afanaban en un proyecto de modernización. Sus esfuerzos los sintetizaba Juana Capdevielle en un artículo de 1932 (cuatro años antes de ser asesinada al principio de la guerra) reproducido al final de este libro, donde soñaba que la biblioteca de Filosofía y Letras, «una rueda del perfecto engranaje universi-



Alumnos en los soportales de la fachada posterior de la Facultad. Abril de 1936. Colección de José María Mañá.

<sup>30</sup> Véase Julián MARIAS, *Una vida presente*, I, pág. 121, y José GAOS, «La Segunda República y la enseñanza superior en España», *Obras completas*, México, UNAM, 1990, VI, pág. 254.

tario, un elemento de cultura, un instrumento de formación para los ciudadanos españoles del mañana», iba a convertirse «en una de las más ricas de España y de las más interesantes entre las universitarias mundiales».

El deseo de Morente por dotar a su Facultad de una biblioteca moderna, resumido por sus hijas cuando dicen que «la cuidó de modo especialísimo», aparte de explicarse en relación con la reforma de su plan de estudios, responde a su interés por impulsar la investigación en su centro. La preocupación esencial del decano era el cambio del sistema de enseñanza y, en este sentido, no ponía ningún reparo a aquellos compañeros que decidieran dirigir su carrera académica hacia la docencia:

No quiero decir que todos los profesores deban ser a la par científicos de producción respetada. Se puede ser un excelente maestro, moviéndose en el terreno y la vocación puramente profesoral, sin orientar la propia actividad hacia la producción científica. Y se puede ser en la ciencia un laborioso y fecundo creador sin poseer la capacidad pedagógica, la «gracia» docente, el atractivo de la exposición viva, clara y seductora<sup>31</sup>.

Pero en el mismo artículo aseguraba con aplomo: «La Universidad española padece aún penuria de auténticos investigadores». Y hacía votos por apoyar esa labor tanto como la docente desde su Decanato:

Estas dos virtudes del espíritu [competencia docente e investigadora] andan muchas veces separadas y aun cabe decir que más suelen vivir en divorcio que en consorcio. Pero la Facultad deberá fomentar una y otra, respetar una y otra, donde quiera que las encuentre, completar su elenco de maestros con toda capacidad naciente que sobresalga en la investigación o en la exposición<sup>32</sup>.

La brevedad del Decanato de Morente (sólo duró cuatro años) explica que los resultados de su apoyo a la investigación en la Facultad no fueran de mayor alcance. Qué duda cabe de que los frutos de una política investigadora sólo se obtienen a largo plazo. Aun así, conviene recordar que, aparte de la biblioteca, estando García Morente al frente de la Facultad, había una colección de monografías del centro y se publicaron los *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, que, si bien era una revista de estudiantes avanzados, estaba muy orientada por el decano y otros profesores. También se concedieron ayudas a docentes para viajar fuera de España, como demuestran las actas de la Comisión Ejecutiva de la Junta de Facultad, y se invitó a profesores extranjeros. Por lo que respecta al espacio arquitectónico y la investigación, además de la moderna biblioteca, en el nuevo edificio se habían previsto locales para una sala de exposiciones y seminarios. Entre éstos destacan, por supuesto, el Seminario de Filosofía Sanz del Río y el de Historia Primitiva

<sup>31</sup> Manuel GARCÍA MORENTE, «La reforma de la Facultad de Filosofía y Letras» [1932], en *Obras completas*, pág. 346.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

del Hombre, cuya importancia explican en este libro respectivamente Rafael V. Orden Jiménez y Martín Almagro-Gorbea. El segundo de los seminarios citados lo había fundado el catedrático alemán Hugo Obermaier, quien, como le asegura en una carta en francés a Pedro Sainz Rodríguez, había incluso puesto su biblioteca y colecciones particulares a disposición de sus discípulos en la Facultad, con el objeto de contribuir a su formación<sup>33</sup>. Con todo, no se pueden olvidar las tensiones que había entre el mundo universitario y el organismo que concentraba casi toda la actividad investigadora –la Junta para Ampliación de Estudios–, asunto que, por lo que respecta a la Facultad de Morente, merecería la pena analizar con detenimiento<sup>34</sup>.

Jaime Olmedo Ramos y Pilar Piñón estudian en este libro dos aspectos esenciales de la dimensión internacional de la Facultad. El primero se ocupa de los cursos de lengua y cultura españolas para extranjeros, y la segunda, de las estudiantes americanas de Smith College. Ni uno ni otro aspecto son consecuencia directa de las reformas educativas de la Segunda República, pero sí adquirieron notable impulso desde el traslado del centro a la Ciudad Universitaria, pues el nuevo *campus*, como ponen de relieve los citados investigadores, constituía un verdadero reclamo de cara al exterior. Estos dos capítulos, que enfatizan hasta qué punto la Facultad de Morente se adelantaba a su época, se complementan con un delicioso testimonio que tenemos la gran satisfacción de exhumar al final de este volumen: la redacción en castellano que un estudiante alemán escribió para José Fernández Montesinos. Con un español muy cuidado, este joven extranjero describe con sus propias palabras la coincidencia de la revolución arquitectónica y la de las mentalidades:

Acercándose desde la parte alta de Madrid a la Facultad, el aspecto exterior que ofrece ya es maravilloso y desconcertante a una. Los alrededores del edificio mismo, bonito y grandioso a la vez, ofrecen un aspecto verdaderamente caótico. Solares vastos, edificios que se están construyendo, con todos los mil ingredientes necesarios para tal labor, escombros, barrancos, hondonadas, montículos, campo libre y mil otras cosas a primer *[sic]* vista desordenadas –[i] un mundo revolucionado, un mundo que nace! Y al fondo en las lejanías, los contornos afilados, la claridad, la altura, la grandiosidad de la sierra de Guadarrama. Este aspecto exterior me parece simbólico para *[sic]* la situación interior. Todo está evolucionando, lo viejo cae abajo, nuevas ideas luchan por su existencia.

Si, por un lado, este testimonio traduce los resultados prácticos de lo que se estaba fraguando (un estudiante escribe entusiasmado por los cambios arquitectónicos y pedagógicos), por otro lado, introduce algún comentario que hoy no leemos con la misma simpatía. Ya lo recuerda Carolina Rodríguez López en su capítulo sobre las mujeres; el joven alemán censuraba sin paliativos la abrumadora



Retrato de Manuel García Morente realizado por José Moreno Villa. 1924. Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid.

<sup>33</sup> Carta de Hugo Obermaier a Pedro Sainz Rodríguez, Roma, 14 de febrero de 1937. Archivo Pedro Sainz Rodríguez, Fundación Universitaria Española, Madrid.

<sup>34</sup> Para una primera aproximación de conjunto, puede verse Buenaventura DELGADO CRIADO, «La Junta para Ampliación de Estudios y la Universidad española (1907-1936)», en *Università in Europa. Le istituzioni universitarie dal Medioevo ai nostri giorni. Strutture, organizzazione, funzionamento*, ed. A. Romano, Messina, Rubbetino, 1995, págs. 525-548.



Alumnas en un coche a la entrada de la Facultad. Delante, de izquierda a derecha: Aurora Cuartero, Julita García Lasgoity y Rosario Baños. Detrás, de izquierda a derecha: Carmen Parga, Elisa Latorre y Pilar Baños. 1933. Colección de Rosario Baños.

presencia femenina: «Los estudiantes resultan casi arrinconados en esta “reunión de señoritas”. [...] No hay luz que no heche [*sic*] su sombra».

El comentario, sin embargo, sirve como reactivo que contrarresta la tendencia a idealizar aquella Facultad. Desde luego, no todos los hombres estarían contentos con tanta mujer en las aulas. Es posible que Concepción Puig y Carmen Rivas Abad, cuyos diarios del crucero por el Mediterráneo estuvieron entre los cinco finalistas de los premios que convocó la Facultad y fueron elogiados por sus méritos literarios, se quedaran sin mayor reconocimiento y con sus textos inéditos por el hecho de ser mujeres. «Lamenta vivamente la Comisión no poder premiar también las Memorias presentadas por doña Concepción Puig y doña Carmen Rivas, pero se complace en testimoniar públicamente el agrado con que ha leído sus trabajos, dignos de todo encomio», se especifica en las actas de la Comisión Ejecutiva de la Junta de Facultad, conservadas en el Archivo General de la Universidad Complutense (fol. 4r)<sup>35</sup>.

Por otra parte, la «colaboración espiritual» entre maestros y discípulos que García Morente imaginaba que estimularía su nuevo plan no siempre se produjo. Así, el 22 de enero de 1935 «un grupo de alumnos y alumnas» envió una carta anónima a Pedro Sainz Rodríguez, por su doble condición de catedrático de la Facultad y diputado, y escogido también por su ideología conservadora. En ella se quejaban de que de los 98 compañeros que se habían presentado el año anterior al examen intermedio sólo habían aprobado 14, lo que les permitía afirmar que «todos o la mayor parte de los profesores comprenden que este examen es un fracaso». Amenazaban con una huelga y solicitaban su respaldo para que los que tuvieran tres o cuatro años de escolaridad quedaran exentos de ese examen con el objeto de poder preparar el final. La misma carta, decían, se la habían mandado al decano, a Pío Zabala, Miguel Asín Palacios, Manuel Gómez-Moreno y Eduardo Ibarra, entre otros<sup>36</sup>. La Facultad, desde luego, no pudo permanecer al margen de la vida política española y las tensiones entre los alumnos eran considerables. Joaquín Ruiz-Giménez, que entró en la Facultad en 1934, en su calidad de presidente de la Federación de Estudiantes Católicos, pidió la intervención del Decanato «para lograr que se frenasen [...] los enfrentamientos —a veces, al borde de la agresión física—, entre los estudiantes católicos y los de la FUE». Enrique Lafuente Ferrari, un joven profesor entonces, expresó con amargura el mismo recuerdo: «Yo vi, yo respiré en los pasillos de la Universidad formarse los bandos enemigos que habían de luchar con pistolas en las calles, o luego cara a cara, en el frente»<sup>37</sup>.

Si de desmitificar se trata, no obviemos que no todos los profesores de la Facultad, lógicamente, presentaban las mismas aptitudes para la docencia. Lo recuerdan los antiguos alumnos y de ello era consciente el mismo decano al admitir —ya lo hemos visto— que no siempre van de la mano excelencia investiga-

<sup>35</sup> El premio de 2.000 ptas. fue para Carlos Alonso del Real y los accésit de 500 ptas. para Julián Marías y Manuel Grannell. Los tres diarios se publicaron en el volumen *Juventud en el Mundo Antiguo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

<sup>36</sup> Archivo Pedro Sainz Rodríguez, Fundación Universitaria Española, Madrid.

<sup>37</sup> Véase *Discursos de investidura de Doctor Honoris Causa del profesor Joaquín Ruiz Giménez Cortés*, Madrid, Servicio de Imprenta de la Universidad Autónoma de Madrid, 2000, pág. 33, y el colectivo *La Universidad*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1969, pág. 30.





Alumnas de Filosofía y Letras jugando al baloncesto en la Ciudad Universitaria. En primer plano, a la izquierda, María del Carmen García Lasgoity. En segundo plano, a la derecha, Carmen Parga. Invierno de 1933. Colección R. y A.M. Prados García.

dora y pedagógica. Quizá son las excepciones que confirman la regla, pero hubo también en la Facultad de Morente quien no sobresalía, ni en lo docente ni en lo investigador.

Por lo que respecta a un edificio que Américo Castro aseguraba que la mayoría quería ya «como parte de su alma», debió de tardar en ser apreciado por algunos y no se libró de críticas y detractores. Julio Caro Baroja, alumno de la Facultad de Morente, confesó del edificio que «no le agradaba con su aire de balneario o de construcción medio industrial, medio burocrática»<sup>38</sup>. María Ugarte, en un comentario que demuestra hasta qué punto la de Aguirre era una arquitectura «a contracorriente», afirma que la mole exterior de ladrillo no le gustó nada el primer día que la vio, aunque recalca que esa impresión cambió por completo al pasar al interior, que le fascinó<sup>39</sup>. En cambio, para Miguel de Unamuno, los azulejos de los pasillos le daban a la Facultad aire de pescadería<sup>40</sup> y uno de los más eximios profesores del centro, Ramón Menéndez Pidal, tenía un profundo desapego por el edificio de la Ciudad Universitaria, compartido, por ejemplo, por Eloy Bullón, preocupado siempre, según María Teresa Bermejo y Carmen García de Diego, por la posibilidad de que le asaltaran en el nuevo *campus*. Los modernos muebles no debieron de entusiasmar a todos. Como explica Pedro Feduchi, Pío Zabala prefirió no estrenar nada y pidió que le trasladasen sus viejos muebles y tresillos tapizados en estilo Renacimiento Español, decisión que dice mucho sobre su forma de ser y de pensar.

Los ataques más agresivos a la arquitectura de Aguirre vinieron del falangismo, de aquellos que contemplaban el edificio como un símbolo de las ideas que aborrecían. Poco después de que Franco reinaugurase el edificio tras su reconstrucción, un artículo anónimo (sin duda, de un antiguo alumno falangista) arremetía

<sup>38</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (memorias familiares)*, Madrid, Taurus, 1972, pág. 223.

<sup>39</sup> Comunicación a Santiago López-Ríos (junio de 2007).

<sup>40</sup> Comunicación de Fernando Aguirre a los autores.



Rosario Baños, María del Carmen García Lasgoity y Pilar Baños (de izquierda a derecha) en la terraza de la Facultad. 7 de junio de 1934. Colección R. y A.M. Prados García.

contra la Facultad de la época republicana y lo que entendía como un espacio arquitectónico de excéntricos lujos y caprichos absurdos:

La mansión académica que se estrenaba en la Moncloa era el «desideratum» de los catedráticos institucionistas, cuya contemplación del Guadarrama desde la terraza de la Facultad les conducía al éxtasis, y de los estudiantes anglosajonizados, para quienes aquellos desmontes madrileños eran algo así como los alrededores de Columbia, de Michigan o de Yale.

Y, dándole la vuelta a una metáfora que había empleado ya Corpus Barga cuando escribía acerca de la primera inauguración, añadía: «La Facultad de Filosofía y Letras, desde 1933 hasta el 18 de julio, era como un pequeño trasatlántico de lujo, como una motonave, anclada en la Moncloa», imagen que le daba pie para criticar con sarcasmo el crucero por el Mediterráneo<sup>41</sup>.

Este artículo sirve también para recordar una obviedad: aunque muchos profesores y alumnos simpatizaran con las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, sería falso ver la Facultad de Morente como un centro exclusivamente dentro de la órbita de aquella y de la Junta para Ampliación de Estudios. Lo dice con claridad el antiguo alumno cuando carga las tintas contra una Facultad de «damitas y fantoches», «marisabidillas o efebos», nombra a sus compañeros falangistas y vuelve a usar la arquitectura como diana de sus dardos:

Al encomendar D. Manuel García Morente, como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, la policía de la limpieza del flamante edificio universitario a la señorita Susana Mocoora, jamás adivinó que dentro de aquellos azulejos repolinados, de aquella asepsia de la aljofifa y el sidol, iban a producirse instantáneamente un Alejandro Salazar, un Eduardo Ródenas o un Rafael García Serrano<sup>42</sup>.

En este artículo el anónimo autor va mucho más allá de lo que su compañero falangista Alejandro Salazar (que moriría asesinado en Paracuellos del Jarama) escribía sobre la Facultad en *Haz* en 1935. Salazar calificaba la Ciudad Universitaria como un «soberbio alarde de arquitectos» y un «magnífico reducto de modernismo», pero su censura iba más dirigida al Gobierno de la República que a Morente, al cual admiraba<sup>43</sup>.

Desde una perspectiva completamente diferente y sin connotaciones políticas de ningún tipo, otros antiguos alumnos han explicado el elitismo que había en la Facultad entre unos institucionistas que marcaban siempre sus distancias. María Ugarte ha rememorado cómo sus compañeros del Instituto-Escuela tendían a hacer un grupo aparte y eran protegidos por ciertos profesores (los más próximos a la Junta para Ampliación de Estudios, por supuesto) y, aunque ella entró en uno de esos círculos, recalca que venía de un ambiente totalmente diferente. Fer-

<sup>41</sup> «La triple visión», *El Español*, 16 de octubre de 1943, pág. 3. Debemos esta noticia a la extraordinaria generosidad de Daniel Marías, que localizó el recorte de prensa entre los papeles de su ilustre abuelo. Agradecemos a Cristina Antón (Hemeroteca Municipal de Madrid, Conde Duque) los esfuerzos y el tiempo que dedicó para localizar la fuente y fecha exacta de la noticia.

<sup>42</sup> *Ibidem*.

<sup>43</sup> Véase Rafael IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, *Estudio y acción. La Falange fundacional a la luz del diario de Alejandro Salazar (1934-1936)*, Madrid, Barbarroja, 1993, págs. 176-221.

nando Jiménez de Gregorio, hablando de su participación en el crucero, se jacta comprensiblemente de la beca que obtuvo e insiste en que no pertenecía a la élite social que ocupó tantas plazas en el *Ciudad de Cádiz*.

Por otra parte, si bien había profesores totalmente inmersos en los proyectos de la Junta para Ampliación de Estudios, otros los repudiaban: Armando Cotarelo Valledor en 1938 felicitó a su colega Pedro Sainz Rodríguez por «haber destruido ese antro de antiespañolismo que se llamó Junta para Ampliación de Estudios, y que hizo tanto daño»<sup>44</sup>.

La Facultad de Morente era una Facultad de españoles y extranjeros, de distinta procedencia geográfica y social y de diversas generaciones. Y era, en suma y sobre todo, una Facultad de ateos y de sacerdotes y monjas, de republicanos y de monárquicos, de falangistas y de comunistas, por citar sólo los extremos entre los que se situaría la mayor parte de los alumnos, profesores y personal. El milagro consistió en conseguir, a pesar de las tensiones, que éstas no estallaran dentro del ambiente académico, por lo menos hasta la llegada de la Guerra Civil. El papel de Manuel García Morente en ello tuvo que ser decisivo: «Tomó el Decanato como una forma de vocación docente; lo mismo que el director de orquesta “toca” todos los instrumentos, el decano intentaba convertir la Facultad en una orquesta intelectual», explicaba en sus memorias Julián Marías<sup>45</sup>.

Para evitar cualquier equívoco, insistamos en que el nuevo edificio de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria, aunque llegó a terminarse, nunca se inauguró en su totalidad ni se ocupó por completo antes de la Guerra Civil. Es una conclusión clara de nuestras investigaciones y uno de los aspectos más trágicos de toda esta historia.

Después de estrenarse el primer pabellón en enero de 1933, continuaron las obras, si bien la situación política del país repercutía en la marcha de éstas. En 1935 estaba casi todo acabado; entre mayo y julio de ese año se facturaron la cerrajería de la gran vidriera y la propia vidriera, así como el techo del lucernario del salón de actos, pero una huelga de ebanistas en noviembre retrasó la terminación de los acabados interiores (lo cuentan los alumnos en el suplemento *La Facultad* de los *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*). Alejandro Salazar, en un artículo en *Haz* del 5 de diciembre de 1935, anuncia la inminente inauguración del edificio, que, sin embargo, se retrasó al inicio del nuevo curso. Como nos recuerdan algunos antiguos alumnos (Conchita Zamacona y Julio Calonge, por ejemplo), pese a estar terminado, el resto del edificio no era accesible, y de ahí muy probablemente la razón por la que no hemos encontrado hasta ahora testimonios orales sobre la inmensa vidriera del vestíbulo. Desde que se trasladó la Facultad a la Ciudad Universitaria hasta julio de 1936, toda la actividad académica –quizás con alguna excepción<sup>46</sup>– se desarrolló en el pabellón inaugurado en enero de 1933. Muchos de



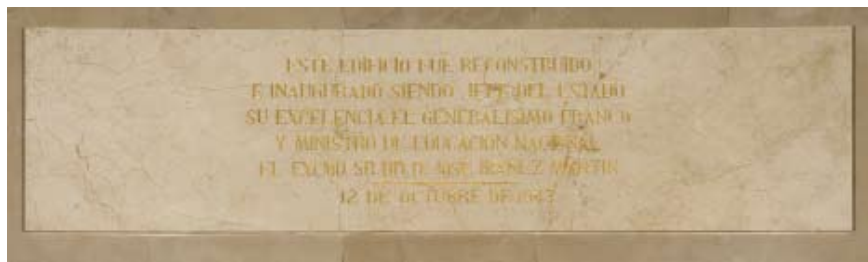
Exterior de la Facultad en 1936.  
En primer plano, María Vergara.  
Colección de María Vergara.

<sup>44</sup> Carta de Armando Cotarelo a Pedro Sainz Rodríguez. Santiago de Compostela, 22 de agosto de 1938. Archivo Pedro Sainz Rodríguez, Fundación Universitaria Española, Madrid. Con palabras parecidas se expresaba sobre la JAE Ángel González Palencia, como pone de manifiesto en este libro Luis Enrique Otero Carvajal.

<sup>45</sup> Véase Julián Marías, *Una vida presente*, I, págs. 113-114.

<sup>46</sup> Carmen Lodeiro en julio de 2008 nos aseguraba que ella conoció antes de la guerra la Gran Cátedra (hoy Paraninfo) y que ahí estuvo en una conferencia de Bonifacio Chamorro.

Placa que recuerda la inauguración del edificio de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid por Francisco Franco tras su reconstrucción. Vestíbulo del edificio A de la UCM. Fotografía de Pablo Linés.



los interiores que hoy conocemos de forma tan fidedigna gracias a las fotografías conservadas en la Fundación Arquitectura COAM nunca se estrenaron.

Haciéndose eco del sentir de muchos, y probablemente con la mirada puesta en el auge del nazismo en su país, el anónimo estudiante alemán terminaba su redacción sobre la Facultad para José Fernández Montesinos expresando su esperanza de que este centro al que había acudido a estudiar pudiera convertirse en «verdadero profeta en nuestro presente incrédulo y desmoronado». No pudo ser: parafraseando a María Ugarte, la Historia les llevó la contraria. En las exactas palabras de Alonso Zamora Vicente, «un día se cortó aquello, de un tajo fuerte, decidido, sin retroceso». La total destrucción de la vidriera del vestíbulo con su moderna alegoría de las Humanidades, pendiente de ser inaugurada, es metáfora de todo lo que se vino abajo.

Juan Antonio González Cárceles, Mirta Núñez Díaz-Balart, Niall Binns, Marta Torres Santo Domingo, Mario Pedrazuela y Luis Enrique Otero Carvajal abordan en este libro cómo la Guerra Civil sacudió la Facultad y destruyó un edificio y una institución que tanto esfuerzo había costado poner en pie. Son páginas ilustradas con fotografías y documentos elocuentes por sí mismos de la magnitud de la tragedia.

Manuel García Morente sufrió en sus carnes los horrores de la guerra desde los primeros días. Asesinado su yerno, despojado del Decanato y viendo correr su vida serio peligro, huyó a Francia, donde tuvo una visión que le haría abrazar el cristianismo y terminar haciéndose sacerdote. Fundamental fue para Morente en esos meses la protección de Juan Negrín, quien hizo posible que su familia pudiera salir de la capital. Y gracias a Negrín, también el arquitecto Aguirre, que había sido llevado a una checa en Madrid, escapó de lo peor<sup>47</sup>.

Durante la guerra, el edificio, que habían ocupado las Brigadas Internacionales y las tropas republicanas, se convirtió en un símbolo de resistencia frente al ejército franquista. El anónimo estudiante falangista ya citado, refiriéndose al edificio durante la guerra, decía: «La Facultad de Filosofía y Letras fue siempre de los rojos; porque debía depurar frivolidades, esnobismos y ñoñeces». Entre los hombres y mujeres de la Facultad hubo víctimas de la barbarie en ambos bandos, aunque sobra decir que las que conocemos bien son, por desgracia, sólo las de uno

<sup>47</sup> Comunicación personal de Carmen García Morente y de Fernando Aguirre a Santiago López-Ríos y Juan Antonio González Cárceles.



Altar de campaña ubicado en el vestíbulo de la Facultad de Filosofía y Letras. Se halla oculto tras dos grandes puertas, delante del espacio dedicado en su día al ascensor continuo *paternoster*. Fotografía de Pablo Linés.

de ellos. En medio de tanta vileza y miseria humana, destaca la ejemplar dignidad de algunas personas. Invitado Morente a delatar a antiguos compañeros suyos en la declaración jurada de su expediente de depuración, no nombró absolutamente a nadie, gesto que le honra tanto como a Besteiro su dimisión como decano de la Facultad en plena guerra por negarse a participar en cualquier represalia política contra sus colegas<sup>48</sup>.

Muy dañado el edificio, destruida la biblioteca, muertos muchos alumnos y algunos profesores y personal de la Facultad, depurados o exiliados otros, nada volvió a ser igual después de julio de 1936.

Franco decidió reconstruir la Ciudad Universitaria y el 12 de octubre de 1943, fecha harto significativa, entraba en la Facultad de Filosofía y Letras para inaugurar (ahora sí) todo el edificio, como recuerda la placa que todavía se puede ver en el vestíbulo. Al frente del Rectorado en ese momento estaba Pío Zabala, y del Decanato, Eloy Bullón.

La fortuna quiso que fuera Agustín Aguirre el arquitecto de la reconstrucción, lo que permitió que se conservara la esencia del proyecto, pero había muchas cosas que no podían ser como antes. Donde en los años 30 se había previsto una sala de exposiciones, ahora había una capilla con su sacristía, lo cual nunca figuró en los planos iniciales. No había dinero para recuperar la vidriera del vestíbulo ni el *paternoster*. En el lugar de éste último en la planta de acceso se levantó un altar de campaña. Una inscripción en latín, que todavía se conserva, invitaba al que entraba al edificio a detenerse y a leer los nombres del profesor agustino Melchor Martínez Antuña (desde 2007 beato de la Iglesia católica) y de los alumnos que dieron su vida «por la patria y por la fe». «La sangre de las víctimas y de los soldados ha puesto en fuga a los viejos fantasmas», interpretaba en su artículo en *El Español* el estudiante falangista tantas veces aludido, frase que marcaba el principio de una nueva época para la Facultad<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> Expediente de depuración de Manuel García Morente. Poyo, Pontevedra, 16 de mayo de 1939. AGA, caja 31/01467 y expediente de Julián Besteiro, AGUCM, p-448.

<sup>49</sup> Agradecemos a los profesores Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Santos Sanz Villanueva y Miguel Lasso de la Vega las sugerencias que han hecho a estas páginas y al profesor Daniel Marías, los datos aportados.





José Ortega y Gasset con la Facultad de Filosofía y Letras al fondo. 1934.  
Fundación José Ortega y Gasset, Madrid.



La famosa afirmación de Ramón Menéndez Pidal de que el autor de un romance viejo no puede tener nombre, o de que, si nos empeñáramos en buscárselo, éste sería «legión» viene como anillo al dedo para describir las múltiples aportaciones que han permitido que este proyecto tomase forma y se convirtiera en una realidad. Renunciamos, por tanto, a dar las gracias una por una a las cientos de personas que nos han ayudado a lo largo de estos años. Sin embargo, sí querríamos dejar constancia de cómo se desarrolló este complejo proyecto y cuáles han sido sus principales protagonistas.

La idea de conmemorar el 75 aniversario del establecimiento de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid surgió en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, siendo el profesor Dámaso López García decano de ésta. El profesor López García asumió con entusiasmo el proyecto nada más llegar al Decanato en 2006 y, consciente de su importancia, le ha dedicado incontables esfuerzos desde entonces, supervisando todo de forma admirable de principio a fin. Su labor ha sido decisiva para que un *wishful thinking* se transformara en una realidad. Para él, y para todo el equipo decanal de la Facultad de Filología, los profesores y personal de administración y servicios de este centro que han colaborado, nuestras más efusivas gracias. Entre estos últimos, hemos de destacar el trabajo realizado por Juan Pablo Jiménez de Nicolás, por los bibliotecarios de la Facultad, y por Pepa Montero, administrativa en el Vicedecanato de Actividades Culturales. Los profesores Marcos Roca Sierra y Francisco García Jurado, grandes conocedores de la Edad de Plata, nos han asesorado de forma muy valiosa y su pasión por el tema alimentó la nuestra.

El edificio objeto de esta conmemoración alberga, además de la Facultad de Filología, la de Filosofía, con quien ha sido un honor trabajar estrechamente unidos en esta empresa. Hemos de agradecer a su decano, el profesor Juan Manuel Navarro Cordón, y todo su equipo su ayuda constante. En especial queremos subrayar la extraordinaria dedicación del vicedecano Rafael V. Orden Jiménez, cuyas valiosas aportaciones han enriquecido este libro y esta exposición. Sea nuestro reconocimiento extensivo a todos los profesores, bibliotecarios y demás personal de administración y servicios de este centro que, de una forma u otra, se han sumado a estos actos conmemorativos.

Como no podía ser menos, también se involucró de forma especial la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Agradecemos a la decana, doña Mercedes Molina, su ayuda, así como la de su equipo decanal y la de tantos profesores, bibliotecarios y personal de su Facultad que han colaborado. Muy particularmente agradecemos a la profesora Molina que propusiera al vice-



decano Luis Enrique Otero Carvajal como miembro del comité científico asesor de la exposición.

Lo verdaderamente particular de este proyecto es que desde el principio se concibió como una estrecha colaboración entre la Universidad Complutense de Madrid y la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM). Dicha colaboración se concretó en una entrevista entre el decano de la Facultad de Filología, Dámaso López García, y el director de la mencionada escuela, el profesor Juan Miguel Hernández León, en otoño de 2006, y tuvo continuidad cuando le sucedió a éste en el cargo el profesor Luis Maldonado Ramos en primavera de 2008. Tan importante como la entrega de cargos académicos, profesores y personal de la administración de la Universidad Complutense ha sido la de sus colegas de la ETSAM. En especial, debemos dar las gracias a Javier Ortega Vidal, Javier G. G. Mosteiro, Luis Moya y Pedro Feduchi, grandes conocedores de la arquitectura y mobiliario de Aguirre y del proyecto urbanístico de Ciudad Universitaria, por sus investigaciones y un asesoramiento que ha supuesto muchas horas de trabajo para ellos y sus colaboradores. Si hoy conocemos mejor el valor arquitectónico del llamado «Edificio A» de la Universidad Complutense de Madrid y su mobiliario, es, en gran medida, gracias a estos profesores y los equipos de personas con los que trabajan. El Centro de Estudios y Documentación de la ETSAM realizó el complejo trabajo de dibujar el edificio en su estado actual apoyado en un complejo análisis documental, utilizando tanto los métodos tradicionales de medición en el sitio como las técnicas de captura informática en tres dimensiones realizadas por Miguel Ángel Alonso.

En la biblioteca de la ETSAM se ha llevado a cabo una costosísima labor de digitalización de materiales originales, especialmente de planos del edificio y fotografías de colecciones particulares. Agradecemos a su directora, Blanca Ruilope, y a todo el personal de la biblioteca su entrega, y a Ildefonso Fernández López y Rosa Martín Eras, el tiempo empleado en escanear con sumo cuidado miles de documentos. Una de esas colecciones se la debemos a otro profesor, Jaime Cervera Bravo, que nos ha prestado las formidables fotografías del cruceo realizadas por su abuelo Pascual Bravo.

La profesora Isabel Pérez-Villanueva Tovar, directora del Departamento de Historia Social y Pensamiento Político de la UNED, y el Dr. Jaime Olmedo Ramos, director técnico del Diccionario Biográfico Español (Real Academia de la Historia), han venido contribuyendo desde 2006 a perfilar nuestras ideas y les agradecemos que nos hayan brindado sus amplios conocimientos de forma tan generosa como amable.

Los investigadores que hemos participado en este libro estamos en deuda con todo el personal del Archivo General de la Universidad Complutense, y muy en

particular, con su director, Carlos Flores, y la subdirectora, Isabel Palomera Parra, quienes han atendido con la profesionalidad y gentileza que les caracterizan los cientos de consultas que entre todos, a lo largo de estos años, les hemos hecho sobre la valiosa documentación que conservan. Lo mismo tenemos que decir de Evelia Vega González, jefa de la Sección de Archivo del Ministerio de Educación, Política Social y Deporte, y de sus colegas del Archivo General de la Administración.

Fundamental para conocer mejor este edificio de Agustín Aguirre era estudiar los planos y demás materiales custodiados en la Unidad de Obras de la Universidad Complutense. Damos las gracias al vicerrector de Infraestructuras Antonio Abadía por habernos permitido tener acceso a ellos y autorizar que se digitalizasen en la ETSAM. En la Unidad de Obras nos dieron muchas facilidades la directora, María Jesús Alonso Jiménez, y los arquitectos Jorge Fernández Pérez, Pedro Papic y Antonio Letón.

Aparte de la ayuda recibida en las bibliotecas de las facultades de Humanidades de la Universidad Complutense, nuestras investigaciones y gestiones avanzaron considerablemente gracias a la competencia de Marta Torres Santo Domingo, directora de la Biblioteca Histórica Marques de Valdecilla. Asimismo, expresamos nuestra gratitud a Cristina Gállego, de los Servicios Centrales de la Biblioteca Complutense, que atendió muchas consultas nuestras.

Desde 2006 este proyecto contó con el apoyo del entonces llamado Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Política Social de la Universidad Complutense, cuya titular en ese momento, Isabel Tajahuerce Ángel, invirtió tiempo y energías con el entusiasmo que le es propio para que todo se consolidara. A ella le debemos que la alumna Sofía Almoguera García disfrutase de una beca en el Vicedecanato de Actividades Culturales de la Facultad de Filología para realizar, en parte, tareas relacionadas con este proyecto durante 2007. Para la profesora Isabel Tajahuerce Ángel, su sucesor, el profesor Juan Manuel Álvarez Junco, y cuantos nos han ayudado en ese Vicerrectorado (en especial, Joaquín Martín, Julia Irigoyen, Enrique Krause, Víctor López y Belén Roldán) nuestro más sincero reconocimiento.

Los actos conmemorativos del 75 aniversario del establecimiento de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid comenzaron con unas jornadas celebradas entre el 15 y el 18 de enero de 2008, coorganizadas por las dos Universidades, el Ayuntamiento de Madrid, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología. Hemos de resaltar el interés con que la entonces directora de esta última institución, Eulalia Pérez Sedeño, acogió nuestras ideas y la magnífica labor que realizó su equipo, en particular Cecilia Cabello, Reyes Sequera y Ana Valdeolmillos. Damos también las gracias a todos los investigadores que participaron en esas jornadas y a las institucio-

nes que colaboraron. El éxito de este encuentro, para el que se realizó una pequeña muestra fotográfica en el vestíbulo del edificio y bibliográfica en las bibliotecas de Filosofía y Filología, se basó en dar a la reflexión científica una inexcusable dimensión humana, al rendir homenaje a antiguos profesores, bibliotecarios y estudiantes, algunos de los cuales volvieron a la que fue y sigue siendo su Facultad con el excepcional testimonio de primera mano de su histórica experiencia.

Las jornadas mencionadas sirvieron para consolidar la colaboración de las dos Universidades con el Ayuntamiento de Madrid y la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales en todo el proyecto.

Estamos muy en deuda con la delegada de Gobierno del Área de las Artes del Ayuntamiento de Madrid, Alicia Moreno, y su equipo, especialmente, Juan José Echeverría, Carlos Baztán, Belén Martínez, Gloria Esparraguera y Carmen Herrero, así como con el director del Centro Conde Duque, Fernando Rodríguez Olivares, y la coordinadora general, Alicia Navarro Granell, por haber aceptado nuestra propuesta de exposición y por las facilidades ofrecidas. En la coordinación de la muestra en Conde Duque intervinieron María Josefa Pastor y diversos colaboradores ocasionales, entre los que sobresalió Gustavo Pérez Díez, un estudiante en prácticas que demostró una indiscutible valía para la gestión cultural. Semanas antes de la inauguración, también ayudó a María Josefa Pastor, Olga Díaz, a quien estamos muy agradecidos. En la coordinación del montaje en Conde Duque tuvimos la fortuna de contar con la experiencia, buen hacer y agradable trato de Fernando Arias. La empresa PEIPE se encargó del diseño y montaje de la muestra, acometidos con seriedad por Francisco y Pablo González y Alejandra Rodríguez Puente. En la Hemeroteca Municipal, Cristina Antón Barrero atendió siempre nuestras numerosas consultas con la eficacia y amabilidad que la distinguen. Y también fue de gran ayuda el personal de la Biblioteca Histórica Municipal y el del Archivo de Villa.

Por otra parte, estamos muy agradecidos a José García-Velasco, experto en nuestra Edad de Plata, y a su sucesora en la Presidencia de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Soledad López Fernández, por su apoyo a las jornadas y por coorganizar esta exposición con el Ayuntamiento de Madrid. En la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales contamos con Carlota Álvarez Basso, su sucesor en la Dirección de Proyectos, Xosé Luis García Canido, y Juan Lozano, coordinador de Proyectos.

Este libro y la exposición se complementan con un documental que ha sido realizado por la productora LAYA, del Centro de Estudios y Medios Audiovisuales (CEMAV) de la UNED, y emitido por Televisión Española dentro de los programas educativos de la citada Universidad. Damos las gracias al vicerrector adjunto de Medios impresos y Audiovisuales, José Carlos García Cabrero, y a todo el personal

del CEMAV y de LAYA que han intervenido en la elaboración de este documental, especialmente a Ángela Ubreva, Virginia Rojo y Pedro Domínguez. Este documental fue posible gracias a la cofinanciación de la empresa OHL, con la que estamos asimismo en deuda. Agradecemos especialmente el tiempo dedicado por Enrique Martínez de Angulo, Manuel Villén Naranjo y María Ruspoli Solís-Beaumont.

En la coordinación de la participación de las tres Universidades y el Ayuntamiento de Madrid en estos actos conmemorativos ha desempeñado un papel determinante Juncal González Soriano, directora de Programas del Consorcio de Ciudad Universitaria, organismo que siempre ha respaldado nuestras ideas y al que agradecemos que sintiera el proyecto como suyo desde el inicio. Antonio Rubio, arquitecto de la Unidad de Obras de la UNED y gran conocedor de la Ciudad Universitaria, formó también parte del comité científico de la exposición y nos asesoró en todo momento.

Un aspecto esencial en nuestras investigaciones ha sido intentar contactar con el máximo número posible de antiguos alumnos de la Facultad de García Morente o sus descendientes, para invitarles a brindar su testimonio o a aportar sus fotografías y documentos. En esta inmensa tarea, tan emocionante como complicada, nos ha ayudado, desde primavera de 2008 y con un entusiasmo fuera de lo habitual, el profesor Daniel Marías. Gracias a la apasionada entrega del profesor Marías, el libro y la exposición se han enriquecido no sólo con algunos materiales inéditos del archivo de sus ilustres abuelos, sino también de otras muchas colecciones particulares. Es de ley subrayar, además, la generosidad y el contagioso optimismo de este brillante investigador.

Estamos en deuda también con Ana Gurruchaga y Pilar Piñón (directora del Instituto Internacional) por habernos facilitado muchos datos de contacto de antiguos alumnos y/o sus descendientes.

Los antiguos alumnos que nos han aportado su testimonio de primera mano y, en ocasiones, fotografías o documentos son: María Rosa Alonso, Rosario Baños, Pilar Baños, Ángela Barnés, Pablo Beltrán de Heredia, María Teresa Bermejo, Julio Calonge, María Castelo, María Luisa Díez-Canedo, Mercedes Folch, Carmen García de Diego, Josefina García Alonso, Carmen Giménez Ramos, Ofelia Gordón, Fernando Jiménez de Gregorio, Carmen Lodeiro, Gonzalo Menéndez Pidal, José Antonio Pérez-Rioja, Antonio Sánchez del Corral y del Río, María Ugarte, María Vergara, Conchita Zamacona, Carmen de Zulueta y Ana María Giménez Ramos, quien lamentablemente no ha llegado a ver cómo una foto de ella en la Facultad de hace 75 años se convertía en la portada de este libro. Una experiencia tan emocionante como hablar con estos antiguos alumnos fue hacerlo con Carmen García Morente, la hija del decano Manuel García Morente; con Fernando y Cristina Aguirre de Yraola, los hijos del arquitecto Agustín Aguirre; y

con José Antonio Torroja, el hijo de Eduardo Torroja, quienes nos han brindado todo tipo de facilidades.

Damos nuestras más efusivas gracias igualmente a los numerosos familiares de antiguos alumnos con los que hemos podido hablar o intercambiar cartas o correos electrónicos y que nos han aportado informaciones, fotografías, documentos, o simplemente su valioso tiempo. Por tratarse de varios cientos de personas, no podemos hacer aquí una lista exhaustiva. Asimismo, pedimos disculpas a aquellos familiares de antiguos alumnos y/o profesores que han conocido este proyecto a través del presente libro por no haber podido hablar con ellos antes, y les rogamos que se pongan en contacto con nosotros, si les parece oportuno, pues nos gustaría contar con sus testimonios en futuras investigaciones<sup>50</sup>.

Una investigación interdisciplinar y compleja como ésta ha exigido visitar o entrar en contacto con muy diversos archivos, bibliotecas e instituciones en España o en el extranjero, en los que hemos encontrado a menudo personas con las que estamos en deuda por su diligencia y cordialidad. Damos también las gracias a todas las instituciones que han autorizado la reproducción de sus fondos en este libro o los han prestado para la muestra.

En las tareas de documentación fotográfica colaboraron con los comisarios y Daniel Marías: Juan Miguel Sánchez Vigil, María Olivera, Pilar Rivas y Paloma Castellanos Mira. Pablo Linés realizó magníficas fotografías a petición nuestra. En tareas de documentación en archivos y hemerotecas participaron de forma eficaz tres jóvenes estudiantes de Filología, Sofía Almoguera García, Borja Menéndez Díaz-Jorge y Laura Arroyo. Esta última disfrutó de una beca de iniciación a la investigación del Ministerio de Educación y Ciencia durante el curso 2007-2008 para trabajar bajo la dirección del Dr. López-Ríos sobre el tema de la exposición y colaboró asimismo en el Centro Conde Duque en la coordinación de ésta ayudando a María Josefa Pastor.

La estrecha colaboración entre arquitectos y la Universidad Complutense también se ha traducido en otro de los hitos de estos actos conmemorativos: la recuperación de la vidriera Art Decó del vestíbulo principal de la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria. El punto de partida de las indagaciones que tuvieron este feliz resultado fueron las fotografías del edificio en los años 30 conservadas en el Servicio Histórico de la Fundación Arquitectura COAM, cuyo director, Miguel Lasso de la Vega, forma parte de este proyecto conmemorativo desde su origen. En la recuperación, restauración y catalogación de estas fotografías realizó un papel esencial Pilar Rivas. Hemos de reconocer el respaldo que recibieron nuestras ideas por parte de dos juntas de Gobierno del COAM, tanto la presidida por Ricardo Aroca hasta mayo de 2007 como por la de su sucesora, la decana Paloma Sobrini de Ilúrdoz.

<sup>50</sup> Nuestras direcciones de correo electrónico son: slrios@filol.ucm.es (Santiago López-Ríos); juan.gonzalez.carceles@upm.es (Juan González Cárcelos) y danielmarias@gmail.com (Daniel Marías).

Estando con Miguel Lasso de la Vega en casa de Fernando Aguirre, quienes firmamos estas páginas tuvimos la inmensa satisfacción de encontrar en el dossier del arquitecto Agustín Aguirre uno de los documentos más importantes de todas nuestras investigaciones: unas fotografías del dibujo original de la vidriera Art Decó del vestíbulo de la Facultad. Dichas fotografías, unidas a los materiales preservados en el Servicio Histórico de la Fundación Arquitectura COAM, permitieron presentar, con el asesoramiento de varios profesores de la ETSAM, un proyecto de reconstrucción de dicha vidriera. Este proyecto, con respaldo de los decanos Dámaso López García y Juan Manuel Navarro Cordón, fue aceptado por el Rectorado de la Universidad Complutense, que contrató las obras. Hay que subrayar la especial sensibilidad del rector Carlos Berzosa Alonso-Martínez, pues, consciente del valor simbólico de dicha vidriera en la recuperación de la memoria histórica de la Universidad Complutense, trató el asunto como prioritario. Dentro del Gabinete del rector de la Universidad Complutense, agradecemos la disponibilidad que ha mostrado su director, José Manuel García Vázquez, con todo lo relacionado con estas actividades conmemorativas.

Las obras de la vidriera fueron supervisadas por los arquitectos del Vicerrectorado de Infraestructuras. En las gestiones de esta intervención nos ayudó mucho la gerente de la Facultad de Filología, María Jesús Martínez Miguélez.

La reconstrucción de la vidriera, que tanto ha impulsado el resto de los actos conmemorativos, ha corrido a cargo de la empresa Vetraria Muñoz de Pablos. Carlos, Alfonso y Pablo Muñoz de Pablos acometieron el desafío con energía y entusiasmo y su dedicación al proyecto fue total durante dos años. A ellos les debemos bastante más que la restitución fidedigna de un elemento decorativo de los años 30. Como ha escrito al respecto José Antonio Gómez Municio,

Muñoz de Pablos y Vetraria [han reconstruido] mucho más que una espectacular vidriera; es el símbolo de que hay cosas que no puede destruir una guerra, es el símbolo de la esperanza en el progreso y en la educación, el símbolo de que parte de nuestro pasado no ha quedado trinchado, aislado y olvidado, sino que descendemos también de aquellos que fueron destruidos<sup>51</sup>.

La investigación que se venía realizando desde hacía un año se sometió en 2007 a evaluación en el entonces llamado Ministerio de Educación y Ciencia e, informada favorablemente, se benefició de una Acción Complementaria (ref. HUM2007-30863-E). Esta ayuda, combinada con el apoyo de los organizadores de esta muestra, y el del Consorcio de la Ciudad Universitaria y de la Fundación Arquitectura COAM, ha permitido la confección del presente libro.

La última institución citada corrió con la responsabilidad de maquetar este complejo volumen y a ello Luis Larraza dedicó pacientemente muchas y largas

<sup>51</sup> José Antonio GÓMEZ MUNICIO, «La luz de la memoria», *El Norte de Castilla*, 27 de enero de 2008.

<sup>52</sup> *La Universidad*, pág. 3.

jornadas, con la colaboración de Graciela Mérida y Pedro Ibáñez. En la fase final del libro, el magnífico y entusiasta equipo de Fernando Villaverde Ediciones (formado por Fernando y Ángela Villaverde, Alberto Gil y Mario García) realizó varias y concienzudas correcciones de pruebas y contribuyó a unificar criterios, aparte de supervisar de forma muy esmerada todo el proceso de producción. Por último, Isabel Morán García confeccionó el índice onomástico, haciendo una excelente labor en un plazo de tiempo muy limitado.

Contrastamos ideas sobre la estructura del libro (y de la exposición) con el profesor Santos Sanz Villanueva, quien nos aportó también sugerencias utilísimas sobre contenido y algunos títulos en concreto. Asimismo, pedimos consejo en cuestiones ortotipográficas al profesor José Polo, quien nos respondió con la misma amabilidad que el Dr. Santos Sanz Villanueva. Sobra decir que ninguno de los errores de este libro tendrá que ver con sus sugerencias.

Aprovechamos estas páginas también para hacer pública nuestra gran deuda con Marifé Santiago Bolaños y José Antonio Gómez Municio del Gabinete de Presidencia de Gobierno. La exquisita discreción y suma diligencia con la que han velado por todas las facetas del proyecto demuestran lo consciente que ha sido el Gobierno de España de la importancia intelectual e histórica de esta conmemoración.

Hemos de agradecer a nuestras familias y círculos de amistades su aliento en un largo proceso con muchos altibajos y su paciencia, al vernos abstraídos y consagrando infinitas horas a unas tareas que parecían interminables. Confiamos en que esta contribución por recuperar la memoria histórica de un momento y espacio únicos en la historia de la Universidad española compense los sacrificios.

Por último, hacemos votos para que esta exposición, este libro, el documental y la recuperación de la vidriera Art Decó sirvan de base para futuras investigaciones, nuestras y de otros, y para que se proteja al máximo la arquitectura de un edificio singular que albergó una Facultad mítica. La declaración de este edificio como monumento nacional sería, desde luego, el mejor homenaje que se podría rendir a esos dos hombres excepcionales que fueron Agustín Aguirre López y Manuel García Morente. Para ellos habría que reivindicar una incuestionable verdad que Rafael Lapesa sintetizó con hermosas palabras:

No podemos hacer que resuciten ni los hombres ni las circunstancias. Pero hay en esas experiencias muchas cosas aprovechables, muchas cosas que, puestas al día, habría que intentar de nuevo. Y hay una lección perdurable: la de que muchos sueños se hacen realidad al conjuro de una inteligencia dúctil y previsor, servida con decisión y buena voluntad<sup>52</sup>.